
La novela
TEATRAL
EL SEGUNDO MARIDO
Vodevil en tres actos,
versión castellana de
Gutiérrez-Roig y
Luis Gabaldón
Tovar
1923.
30 cts.
ALFONSO MUÑOZ

N.° 338
Año VIII

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 13
Mayo 1923

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELÉFONO J-624

La novela TEATRAL

Precio: 30 cts.

EL SEGUNDO MARIDO

VODEVIL EN TRES ACTOS DE

KEROUL Y BARRE

VERSIÓN CASTELLANA DE

Enrique F. Gutiérrez-Roig y Luis Gabaldón

PERSONAJES

ANDREA.—GERMANA.—JUSTINA.—ALICIA.—MATILDE.—ROS[illegible] HÉCTOR.—OCTAVIO.—EL HOMBRE TATUADO.—SIMÓN.—ZOILO.—BERNARDO.

La acción del primer acto se desarrolla en París; la del segundo y tercero, en una playa del Norte de Francia.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con elegancia. A la derecha, dos puertas; una en primer término, y otra, de dos hojas, ochavada, en segundo término, que da al vestíbulo. A la izquierda, otra puerta. Entre las dos puertas de la derecha, una columna de un metro de alto sostiene el busto, en barro, de un caballero de cincuenta años con gran barba y largos bigotes. En el foro, una consola, y sobre ella, reloj y candelabros de estilo Luis XV. Sofá, butaca, sillas, un tibor con flores, y en la pared, grabados antiguos.

Andrea y Justina.

(*Al levantarse el telón, Andrea, de pie, lee una carta. En la otra mano tiene el pompón del kepis de un soldado de cazadores. Después de un largo silencio, durante el cual figura leer la carta, sonríe y mira enternecida al busto.*) ¡Otro caballero flechado por mi amor! Pero no temas, Félix mío. (*Llamando a la doncella.*) ¡Justina! ¡Justina! (*Nadie responde. Andrea vuelve a leer la carta y al momento llama otra vez.*) ¡Justina! ¡Justinaa!...

JUS.—(*Por el vestíbulo.*) Señora.

AND.—Hace media hora que te estoy llamando.

JUS.—No había oído, señorita.

AND.—¿Dónde estabas?

JUS.—Acabando de limpiar los trajes del señor.

AND.—¿A las siete de la tarde? ¡Embustera!... ¿Con quién estabas hablando?

JUS.—Con...

AND.—¿Con quién?

JUS.—Con la cocinera.

AND.—¿Y de quién es esto (*Enseñando el pompón.*) que estaba en el suelo del pasillo?

JUS.—(*Sorprendida.*) ¡El pompón!

AND.—El pompón del kepis de un soldado de Infantería.

JUS.—De Cazadores, señora.

AND.—Lo mismo da. Esto indica que en la casa hay maniobras militares.

JUS.—Señora, es que ha venido mi primo.

AND.—¿De veras?

JUS.—Mi primo; pero no viene por mí.

AND.—Vendrá por la cocinera, que ya está en la reserva.

JUS.—¡Quién sabe!

AND.—Basta de bromas. Hace una semana tu primo era un húsar; el mes pasado un lancero, y el anterior, un dragón. ¿El marino también era primo tuyo?

JUS.—Sí, señora. Ese era un primo de verdad.

AND.—Eres muy caprichosa y poco constante. Para olvidar al desgraciado Vicente Dupont, tu difunto marido, no has tardado mucho.

JUS.—Señora, han pasado dos años.

AND.—(*Suspirando.*) ¡Sí, dos años! Los mismos que hace que mi pobre Valdoré pereció en las costas de Nueva Guinea, al dirigirse a Cochinchina para establecer allí una sucursal de nuestras fábricas. ¡Horrible ciclón que se tragó el buque sin que nadie se salvara!

JUS.—¡Los dos perecieron en el mismo naufragio!

AND.—¡El amo y su fiel dependiente participaron del mismo infortunio! Nunca llorarás bastante esta desgracia.

JUS.—Tiene razón la señora pero no voy a estar llorando toda la vida.

AND.—¡Justina!

JUS.—Comprendo que la señora guarde fidelidad a la memoria de don Félix, porque era un marido perfecto.

AND.—Más que perfecto; pluscuamperfecto.

JUS.—¡Tan bueno! ¡En cambio, Dupont, mi marido, me daba cada paliza, que el recordarlo pide árnica!

AND.—¿Te pegaba? ¿Y con qué objeto?

JUS.—Con el que tenía más a mano. Ya comprenderá usted que cada vez que recuerdo aquellas solfas, estoy muy lejos de ser una viuda inconsolable.

Dichos y Germana; luego, Octavio.

GER.—(*Por el vestbulo. Viene en traje de calle y con unos paquetes en la mano.*) Justina, pon todo esto en el comedor. (*Justina coge los paquetes y se va por la izquierda.*) Andrea, te traigo unas uvas en dulce que son exquisitas, y un meloncito chiquitín que es cosa rica. (*Sale Justina del comedor.*) Lleva el sombrero a mi cuarto. (*Se lo quita y entrega a la doncella.*)

JUS.—¿No quieren nada más las señoritas?

AND.—Toma. (*Le da el pompón.*) Y a ver si dejas en su lugar descansen al ejército. (*Vase Justina por la primera derecha.*) Hace un momento me preguntó tu marido si habías venido. (*Viendo salir a Octavio.*) Aquí le tienes.

OCT.—(*Por la primera derecha.*) ¡Germana!

GER.—¿Querías verme?

OCT.—¡Te esperaba con impaciencia!

GER.—¿Para qué?

OCT.—Para una cosa muy urgente. Para darte un abrazo. (*La abraza.*)

GER.—Toma, que no quiero deberte nada. (*Le abraza ella.*) En paz. (*A Andrea, que hace un gesto de impaciencia.*) ¿Qué tienes?

AND.—Nada, que estoy un poco nerviosa.

OCT.—¿Alguna contrariedad?

AND.—No... Tonterías.

GER.—¿Pero qué es ello?

AND.—Pues vaya, prefiero decíroslo: Desde hace tiempo, cada vez que os veo abrazados, me...

GER.—¿Te contraría?

AND.—No. Pero vuestras ternezas conyugales me recuerdan, con envidia, los días felices de mi matrimonio, que ¡ay! nunca volverán. (*Al busto.*) Nosotros también nos abrazábamos; ¿verdad, pobre Félix? ¿Te acuerdas, Felixillo?

OCT.—No te enternezcas, Andrea y sé razonable. No volverá, porque tú no quieres. Por tu libérrima voluntad, recuérdalo, has jurado que Félix no tendrá nunca sucesor en tu cariño.

AND.—Y lo juro, Octavio, y lo juraré siempre. Hoy he tenido otra carta de un adorador que me persigue sin descanso.

GER.—Como que con una sola palabra tuya tendrás a tus pies pretendientes por docenas.

OCT.—Quinientos mil francos de dote, sin contar las fábricas de Juvissy. ¡Vaya una golosina!

AND.—Y pretendientes desinteresados tampoco habrían de faltarme.

GER.—Indudablemente, porque tú eres muy guapa.

OCT.—Nada, primita, pondremos sordina a nuestras efusiones y nos abrazaremos cuando tú no estés delante.

AND.—Después de todo, no me hagáis caso, ya se me pasará. (*Al busto.*) ¡Ah, Félix, te lo he prometido! (*Haciendo mutis.*) ¡Mi beso de todos los días! (*Vase por la izquierda después de enviar al busto un beso apasionado con la punta de los dedos.*)

Germana y Octavio.

GER.—¡Pobre Andrea! Yo me pongo en su situación, y, hay que reconocerlo, no es muy divertida.

OCT.—¿Por qué?

GER.—Ser viuda a los veinticinco años y obstinarse en no contraer matrimonio nuevamente.

OCT.—Andrea no tiene ninguna razón para reemplazar al pobre Valdoré. Tu prima tiene dinero, vive con nosotros que la cuidamos y mimamos como si fuese una hermanita, y quién sabe si volviéndose a casar comenzaría para ella una serie de disgustos, ¡porque hay cada cazador de dotes!

GER.—Y como Andrea fué tan feliz con su primer marido.

OCT.—Como que Valdoré era un hombre admirable, según dice tu prima,

porque nosotros apenas le tratábamos. Pero por muy dichosos que hayan sido ellos, ¿verdad que nosotros no tenemos nada que envidiarles? Y ya que no está Andrea... (*Se abrazan.*)

Dichos y Simón.

SIM.—(*Por el vestíbulo.*) Perdón... Si estorbo...

OCT.—Adelante... ¿Qué ocurre, Simón?

SIM.—Acaban de entregarme esta carta diciendo que es urgentísima, y, auque no es asunto de mi negociado, como viene de las fábricas de la señora viuda de Valdoré y la carta es para doña Andrea... (*Da la carta a Germana.*)

OCT.—¿Y por qué se ha molestado usted en traerla, señor cajero? Podía haberla subido un ordenanza.

SIM.—Me han entregado la carta en propia mano. y en propia mano de la interesada hubiera sido para mí un placer depositarla.

OCT.—Es usted muy amable. Mi mujer se la entregará.

GER.—Ahora mismo. (*Vase hacia la izquierda.*)

OCT.—Simón, en cuanto esté el balance de hoy, súbamelo.

SIM.—Dentro de cinco minutos.... ¡Qué lástima! ¡No está ella! (*Vase.*)

GER.—(*Leyendo el sobre.*) "Grandes fábricas de Juvissy". Octavio, ¿habrá ocurrido alguna novedad?

OCT.—Seguramente, no. Lleva la carta a tu prima. Me figuro de lo que se trata. Algún pedido extraordinario.

Dichos y Andrea; luego, Simón.

AND.—(*Por la izquierda.*) Germana, ¡qué cara de melón tan rica!

GER.—Toma esta carta que acaban de traer para ti.

AND.—(*Cogiéndola y mirándola.*) Es de Pelletier, de mi asociado. Conozco su letra. (*Lee la carta.*)

OCT.—¿A que se convida él mismo a cenar esta noche con nosotros? ¡Siempre es el invitado por sorpresa!

GER.—Hoy puede hacerlo; tenemos otros convidados y la cena es digna de reyes.

AND.—¡Dios mío, qué cosa tan inesperada! Lee, Octavio.

OCT.—(*Cogiendo la carta.*) ¿Qué es ello? (*Leyendo.*) "Mi distinguida consocia y amiga: Deploro..."

GER.—(*A Andrea.*) ¿Qué dice Pelletier?

AND.—Que está cansado, fatigado de tanto trabajar y que desea retirarse de los negocios.

GER.—Nada tiene de extraño. Es ya tan viejecito...

AND.—No, no. Eso es un pretexto y no una razón fundamental. En el fondo es que le disgusta tener que consultarme, que atender mis indicaciones, que seguir mis consejos...

OCT.—(*Devolviéndole la carta.*) ¿Y qué vas a hacer? Tú no puedes impedir que se retire, si ese es su deseo. Como vuestra escritura de asociación por diez años expira el treinta de octubre próximo, o sea dentro de cuatro meses, Pelletier aprovecha el momento...

AND.—¿Y cuando llegue ese día?

OCT.—El se desligará, porque ha terminado vuestro contrato de unión.

AND.—Y las grandes fábricas de Juvissy serán una Sociedad anónima.

OCT.—¿Eso qué importa? Tú tendrás la mitad de las acciones y nada pierdes.

AND.—Ya lo sé. A mí lo que me preocupa es ver la obra de mi pobre Félix, comprometida, destruída quizá.

OCT.—¿Por qué destruída?

AND.—Esas fábricas que él fundó y desenvolvió; la industria por él llevada a un punto de prosperidad inconcebible, precisan de una dirección inteligente y de una honradez acrisolada. ¡Porqué no seré yo hombre! Necesito una persona de mi confianza, que sea como si fuera yo misma...

GER.—Algo así como un buen marido.

AND.—Justamente, un marido.

OCT.—¡Pero eso es imposible!

AND.—¡Imposible! ¡Es verdad! ¡Yo quiero serle fiel! ¡Pero la necesidad... el negocio! (*Yendo hacia el busto.*) ¡Félix, aconseja a tu Andrea! ¿Qué harías tú en mi lugar? ¡Habla, que son de confianza! (*Pausa, durante la cual Andrea queda muy pensativa.*) ¡Ah! ¡Esperad! Creo que acabo de encontrar el medio de conciliarlo todo. (*Pausa.*) Sí, eso es... Voy a tomar una grave determinación. (*Al busto.*) Voy a casarme.

OCT.—¿De modo que Félix va a tener un sucesor?

AND.—Eso, nunca.

GER.—¿Pero no dices que te vas a casar?

AND.—Sí.

OCT.—Pues no lo entiendo.

AND.—¿No os he dicho que he hallado el medio de conciliarlo todo? Y es una cosa simplicísima. Me casaré con un hombre que se obligará a no ser para mí nada más que un amigo y a no exigirme nunca lo que un esposo está en el derecho de solicitar de su mujer. Me parece que es bien sencillo.

GER.—¡Muy ingenioso!

OCT.—¡Pero absurdo!

AND.—¿Absurdo?

OCT.—Nadie aceptará esas condiciones.

AND.—¿Por qué?

GER.—(*Riendo.*) A menos de casarte con un octogenario.

AND.—¡Yo no quiero un marido ridículo!

GER.—Entonces...

AND.—¿No habrá en el mundo un caballero, un verdadero caballero que acepte mis condiciones?

OCT.—Para cumplirlas tres días, y quién sabe si tú misma...

AND.—¡No lo creo! ¡Para mí en el mundo no existirá nunca más que Félix!

OCT.—Entonces renuncia a encontrar lo que buscas.

AND.—Es que no lo buscaré yo sola; cuento con vosotros para ese proyecto... Vais a ver. (*Vase por la izquierda.*)

OCT.—La verdad es que cuando las mujeres se ponen a tener imaginación...

GER.—¿No te parece a ti razonable?

OCT.—Absurdo. Estoy tranquilo. No es posible encontrar un marido en esas condiciones.

AND.—(*Que vuelve trayendo una fotografía con marco de caballete.*) Esta es mi idea.

OCT.—¿Tu retrato?

AND.—(*Poniendo el retrato sobre la consola.*) Tú recibes a muchos señores solteros y viudos que no me conocen, a los que puedes decirles, negligentemente, cuando miren el retrato: Es mi prima, una viudita de veinticinco años y con di-

nero. Les explicas, si se interesan, mis condiciones, y cuando el caballero las haya aceptado, me le presentas.

SIM.—Perdón si molesto; traigo el balance.

OCT.—Pase usted.

SIM.—(*Viendo a Andrea.*) ¡Ella! ¡Está cautivadora!

GER.—Os dejamos solos. (*Se van las dos por segunda izquierda.*)

SIM.—Si se van.. van... van por un servidor, vol... vol... volveré. (*Siguiendo a Andrea con los ojos.*) ¡Qué mu... mu... mujer! Ca... ca... ca... cada vez que la veo. siento así como un desvanecimiento, y se me atra... tra... traganta la nuez. (*Viendo que Octavio está de espaldas, envía besos con la mano hacia la izquierda.*) ¡Toma, sirena, toma!

Octavio y Simón.

OCT.—(*Que, al volverse, ve lo que hace Simón.*) ¿Qué es eso, Simón? ¿Está usted enviando besos a las paredes?

SIM.—No, no señor.

OCT.—¿A mi mujer? (*Riendo.*)

SIM.—(*Muy digno.*) ¡Don Octavio!...

OCT.—¿Entonces será a la señora Valdoré?

SIM.—Sí, señor... Es decir...

OCT.—¿Pero, hombre?

SIM.—Puesto que usted ha sorprendido mi secreto, ya no tengo que ocultárselo. Yo siento por la señora viuda de Valdoré una pasión irresistible, un delirio de amor, que es ¡el delirio!

OCT.—¡Y tal vez haya usted soñado alguna hora casarse con ella!

SIM.—No he osado nunca tener tal pretensión... ¿Qué soy yo para ella? Nada: un átomo, una molécula, un microbio.

OCT.—Usted es un hombre serio, económico, ordenado, dignísimo... Tiene usted una bonita ocupación en mi casa de banca, es usted el cajero, tiene participación en los negocios...

SIM.—Entonces, don Octavio, ¿no le parecería a usted imposible ni extravagante si yo osara rogarle fuera mi mediador cerca de ella?

OCT.—No digo que no. Usted sería un excelente marido; un marido reposado, tranquilo, honesto...

SIM.—¿Reposado? ¿Tranquilo? ¿Honesto?

OCT.—Quiero decir que usted no está en la edad de las pasiones avasalladoras, impulsivas... ¿Usted qué puede solicitar de su mujer?; un sentimiento amistoso, un cariño puro y correcto...

SIM.—Sí, señor; la pureza del hogar me atrae.

OCT.—¡Este es mi hombre!

SIM.—Las dulzuras paternales me encantan. ¡Tener un hijo, dos, tres..., los que vinieran! Los niños me enloquecen.

OCT.—¡Demonio!

SIM.—¿De modo que puedo contar con que usted me ayudará?

OCT.—No hay que precipitarse; eso es caminar muy de prisa, casi vertiginosamente.

SIM.—Yo creí...

OCT.—Repare usted en que les separan grandes diferencias, exaltado Simón. Andrea aspira a un noble, a un aristócrata, a un hombre rico y joven...

SIM.—Eso es lo que he pensado yo siempre; pero como usted, hace un momento, me ha dado alas, yo me he permitido volar.

OCT.—Pues aterrice, amigo mío.

SIM.—¡Ilusiones engañosas! Con su permiso, aquí está el balance, y, como es la hora del último correo, voy a mi obligación.

OCT.—Sí; baje usted y vea la corespondencia.

SIM.—¡Supongo, don Octavio, que este secreto pasional irá con nosotros a la tumba!

OCT.—Nadie sabrá nunca nada; puede estar tranquilo.

SIM.—(*Haciendo mutis.*) ¡Por qué será el amor tan ciego!

OCT.—Pues nos habíamos lucido con esa exaltación paternal. (*Se pone a leer el balance.*)

Octavio, Héctor y Justina.

JUS.—(*Por el vestíbulo, seguida de Héctor.*) Tenga usted la bondad de pasar. Ahí está el señor. (*Vase.*)

HEC.—Ya le veo. (*Héctor lleva un guardapolvos muy largo, deteriorado y cerrado muy cuidadosamente. Al entrar, mira con mucha atención todos los muebles y cuadros del salón, uno por uno, y al fin, se fija en Octavio.*)

OCT.—(*Que al principio le mira con curiosidad y después se levanta sonriendo.*) ¿Pero eres tú, Héctor?

HEC.—El mismo, querido Octavio. (*Se abrazan.*)

OCT.—¡Qué sorpresa! Hace un siglo que no te veía... Siéntate.

HEC.—Cuatro años, poco más o menos. (*Se sienta.*)

OCT.—¿Vas o vienes de viaje?

HEC.—¿Por qué esa inquisitorial pregunta?

OCT.—Ese aspecto, esa indumentaria...

HEC.—¿El aspecto? (*Se levanta y abriendo el guardapolvo, bajo el cual lleva un traje harapiento.*) Observa el interior.

OCT.—No está en muy buen uso, no.

HEC.—Dí que está en muy buen abuso y serás más exacto. Querido Octavio, este es el último vestigio de mi espléndido guardarropa. Me quedaba un "smoking", pero me lo he comido.

OCT.—¡Héctor!

HEC.—Con lo que me dieron por el "smoking" de empeño he comido una semana, a franco por día; ya ves si te soy franco.

OCT.—¿Estás arruinado?

HEC.—No me queda más que el solar de mi persona.

OCT.—¿Y tus cincuenta mil francos de renta?

HEC.—¡Psch! Pasaron a la historia.

OCT.—¿Cómo?

HEC.—¡Las mujeres, chico, las mujeres!

OCT.—¡Qué fatalidad!

HEC.—Pero ya estoy curado, te lo juro. ¡Ya las conozco!

OCT.—Eso lo dices porque no tienes dinero; si lo tuvieras...

HEC.—La que se ha llevado mi último billete de mil francos era todo un temperamento: fuego, lava. Con una mujer como aquella, un hombre se arruina en seis meses...

OCT.—Chico...

HEC.—Yo he tardado siete.

OCT.—Mi enhorabuena.

HEC.—Cuando vió que ya estaba en las penúltimas, me abandonó. ¡Las odio; mejor dicho, las desprecio; mi desdén para ellas es olímpico!

OCT.—¿De modo que ahora para ti las mujeres?...

HEC.—Como si no existieran.

OCT.—¡Bah! Eso será pasajero...

HEC.—¡Eso es definitivo! Yo podría entrar de masajista en un harém sin el menor escrúpulo, palabra de honor.

OCT.—He aquí el hombre ideal.

HEC.—En fin, no es este el motivo que me obliga a venir a molestarte. Octavio, yo tengo absoluta necesidad de diez luises.

OCT.—¿Diez luises?

HEC.—Me hacen falta muchos más, desde luego; pero como eres un amigo íntimo, te aplico la tarifa económica.

OCT.—¡Diez luises!

HEC.—Piénsalo. Yo no te pongo un puñal en el pecho, y si no puedes darme nada más que cinco, los tomaré... Resuelve. (*Se pone a pasear, tarareando.*)

OCT.—¿Te has fijado en ese reloj? (*Señalándole el de la consola.*)

HEC.—No me he fijado. ¿Es que da los cuartos?

OCT.—De puro estilo Luis quince.

HEC.—Para mí el mejor estilo es el Luis de veinte francos.

OCT.—Lo creo. No te fijes en la fotografía que hay al lado; es la prima de Germana, de mi esposa, muy bonita mujer. ¿Qué te parece a ti?

HEC.—¿La foto?

OCT.—Sí, mi prima.

HEC.—(*Que ha mirado el retrato.*) ¡Oh! Ya sabes que para mí hoy las mujeres... ya te lo he dicho: masajista en un harém. ¿Y qué hay de mis diez luises? (*Gesto negativo de Octavio.*) ¿Ni cinco luises tampoco? (*Nuevo gesto negativo de Octavio.*) ¿No me quieres dar esos cinco? (*Tendiéndole la mano.*)

OCT.—¿Qué harías tú con cinco luises?

OCT.—¡Maravillas, hombre, maravillas!

OCT.—¿Y si yo te ofreciera quinientos mil francos?

HEC.—(*Asustado.*) ¿Qué es lo que dices? ¿Quinientos mil francos?

OCT.—¿Y unas fábricas en Juvissy?

HEC.—¡Octavio, es cruel lo que haces! Ves a un amigo en la indigencia, y te burlas despiadadamente. ¡Eso no es cristiano!

OCT.—No me burlo. Te lo digo en serio.

HEC.—¿Entonces es que yo estoy soñando?

OCT.—¿Tú quieres casarte con el original de esa fotografía? Andrea Valdoré, veinticinco años, viuda, riquísima, guapísima...

HEC.—¿Casarme? Tú sabes que eso es imposible... Acabo de descubrirte mi situación de ánimo.

OCT.—Con Andrea eso no tiene ninguna importancia. Lo que ella busca, precisamente en el marido, no es el marido.

HEC.—¡Caray! ¿Qué busca entonces?

OCT.—El compañero amable, jovial, el camarada, el amigo, el consejero...

HEC.—En esas condiciones podríamos entendernos.

OCT.—Lo que hace falta es un marido honorario.

HEC.—¿Para qué?

OCT.—No te figures cosas extraordinarias. Verás. Ella adoraba a su esposo; allí le tienes (*Señalando el busto.*) y quiere ser fiel a su recuerdo. Pero como Andrea tiene intereses en las fábricas de Juvissy, que necesitan el concurso de un hombre, y este hombre no puede ser más que su marido... ya lo sabes todo... ¿Te parece bien? ¿Te va bien?

HEC.—¿Que si me va bien? Como un guante hecho a la medida.

OCT.—Ya ves que no te brindo un mal asunto. Andrea no tiene una sola tacha en su reputación, es incapaz de cometer una deslealtad. Es amable, instruída...

HEC.—No digas más. Pero yo veo un inconveniente.

OCT.—¿Cuál?

HEC.—Que yo no le guste... Porque si no soy su tipo...

OCT.—Eso es asunto tuyo. Tú no eres un bibelot, pero...

HEC.—Soy más bien un camafeo... Chico, me has salvado la vida. (*Se abrazan.*) Yo conquistaré esa perla.

OCT.—Cenarás con nosotros, te presentaré a Andrea y a mi mujer, y lo que te ruego es que en la conversación seas brillante, fastuoso...

HEC.—Hombre, fastuoso así... con esta ropa... No lo van a creer.

OCT.—Quiero decir de palabra. Cuenta historias, aventuras...

HEC.—Eso está bien. ¿Pero con este traje?

OCT.—Vamos a mi cuarto; yo te daré uno de mi hermano, que te estará pintadito.

HEC.—Y camisa y zapatos, porque ya ves cómo se ruborizan. (*Enseñándolos rotos.*)

OCT.—Todo lo que haga falta.

HEC.—Me parece que estoy soñando. Venir a sacarle a un amigo diez luises, y recibir en la cabeza un porrazo de quinientos mil francos, es cosa de opereta.

OCT.—Vamos a mi cuarto; luego saldrás por la escalera de la oficina, para volver a subir por el portal.

HEC.—Lo que ordenes, querido primo. (*Se van por la derecha, primer término, después de saludar Héctor reverentemente al busto.*)

Justina, Matilde; luego Andrea y Germana.

JUS.—Pase, señorita Matilde. Avisaré a las señoritas. (*Vase por la izquierda.*)

MAT.—Las ocho menos cuarto. ¿Dónde estará Zoilo? Siempre que lo dejo solo aquí en París tengo miedo. ¡Hay tantas tentaciones!

AND.—(*Saliendo con Germana.*) ¡Matildita!

GER.—¡Mati! (*Se besan las tres.*)

AND.—¿A qué hora habéis llegado?

MAT.—Esta mañana a las diez.

GER.—¿Y tu marido?

MAT.—Arreglando sus asuntos. ¿Habéis recibido nuestra carta?

GER.—Sí; pero debíais haber venido a comer.

MAT.—Lo comprendo; pero Zoilo quiso que almorzáramos cerca de la Bolsa para no perder ni un minuto. Hemos preferido cenar con vosotros.

AND.—¿Vais a estar en París muchos días?

MAT.—Dos o tres nada más. Hacemos mucha falta en Belosevil... La fábrica, los negocios... Zoilo tiene que estar muy encima. ¿Tenéis más convidados?

AND.—Sí, cena con nosotros Rosa Leconte.

GER.—Que está viuda durante quince días.

AND.—Inconvenientes de casarse con militares. Siempre de maniobras. Estás monísima con ese vestido. Ojito con andar sola por París, que hay muchos conquistadores.

MAT.—No tendré la suerte de que se atrevan.

AND.—¿Qué dices?

MAT.—Para demostrarles que los acorazados a mi lado son merengues.

Dichos, Rosa, y después, Octavio y Zoilo.

JUS.—¡*Anunciando.*) La señorita Rosa. (*Entra Rosa.*)

ROSA.—¿Soy puntual? (*Se besan.*)

AND.—Exactitud militar. En ti no es extraño.

ROSA.—¿Tú aquí, Mati?

MAT.—Desde esta mañana.

GER.—Los sombreros. (*Se los quitan. Justina los recoge y se los lleva, yéndose por el foro.*)

MAT.—¿Iréis este verano a Belosevil?

ROSA.—Naturalmente. ¿Y vosotras?

GER.—También. Como siempre.

AND.—Pero no a la misma casa. Alquilaremos un hotelito cerca del mar. Ya estamos en trato con una agencia.

OCT.—(*Por primera derecha.*) Señoras, mis más afectuosos saludos. (*Dándoles la mano.*) La señora Leconte, tan bonita como siempre... Señora Bordery, tengo un verdadero gusto de verla entre nosotros; pero se le han olvidado a usted los ojos en Belosevil, y se ha puesto usted dos soles en la cara.

MAT.—Que lo está oyendo Germana.

OCT.—Por eso se lo digo a usted, si no le diría otra cosa.

ZOI.—Señores, ¿llego con puntualidad?

OCT.—(*Saliendo a recibirle.*) Siempre exacto. (*Zoilo saluda a las damas.*) ¿Qué te ha traído a París?

ZOI.—Un asunto de minas... Ya te contaré. ¿Y su esposo, Rosita?

ROSA.—Por esas tierras, tomando pueblos a la bayoneta, en un supuesto táctico.

ZOI.—¡Ah, por supuesto!

MAT.—Yo estaba con cuidado por si te había ocurrido alguna cosa. ¡París es tan peligroso!

JUS.—Señor, un caballero pregunta por usted.

OCT.—¿Qué desea? ¿No ha dado su tarjeta?

JUS.—Se la he pedido y dice que ha olvidado la cartera, pero que se llama don Héctor Cabassol.

OCT.—(*Fingiendo enorme sorpresa.*) ¿Héctor Cabassol? ¡Qué alegría! ¡Qué alegría tan grande, tan grande y tan inesperada!

AND.—Pero, ¿quién es Cabassol?

OCT.—¿Pero ustedes no conocen a mi antiguo amigo Héctor Cabassol?

GER.—Nunca nos has hablado de él.

AND.—¡No le hemos visto jamás!

OCT.—(*A Zoilo.*) ¿Tú no le conoces?

ZOI.—Cabassol... Cabassol... No le conozco. ¿Es comerciante?

OCT.—¡No, hombre, no! Cabassol es un distinguidísimo explorador. (*A Justina.*) Que pase. (*Vase Justina.*) Ha estado en el centro de Africa y en los dos polos de la tierra. Ha publicado unos relatos de sus viajes, interesantísimos; es un sabio y un hombre de mundo al mismo tiempo. (*A Héctor, que entra, dirigido por Justina.*) ¡Héctor de mi alma! (*Corre hacia él y le estrecha las manos con efusión.*) ¡A ver cómo te portas! (*Justina se va.*)

Dichos y Héctor.

HEC.—(*Muy chic con su traje nuevo.*) Mi querido e inenarrable Octavio.

OCT.—¡Qué sorpresa y qué alegrón! ¡Yo te creía en China! ¡En el Beluchistán!

HEC.—¿En China? ¿En el chistán ese, yo?

OCT.—O en el Polo Norte. (*Haciéndole señas.*)

HEC.—¿En el Polo Norte? ¿Con este tiempo?

VIC.—Ven que te presente. (*Presentándole.*) Mi fraternal amigo Héctor Cabassol, el valiente explorador y geógrafo.

HEC.—(¿Eh?) (*A una seña de Octavio.*) Y geógrafo ártico y antártico, si que también equinoccial.

OCT.—Mi mujer, mi prima la señora viuda de Valdoré...

HEC.—(*Inclinándose.*) Muy viuda mía.

OCT.—La señora Leconte y el señor Bordery y su esposa. Siéntate. (*Le designa un sitio cerca de Andrea; todos se sientan.*) No sabía que estabas en París.

HEC.—Acabo de llegar. (*A la reunión.*) No soy indiscreto. ¿No molesta a ustedes mi llegada?

AND.—Al contrario, caballero. Nos honra la compañía de un sabio.

HEC.—Es usted amabilísima y bella como un loto del Ganges, que es el río más lotero que conozco.

GER.—Lo poco que mi esposo nos acaba de contar sí que ha producido en todos un ansia grande de conocerle a usted.

HEC.—Habrá contado alguna mentira.

AND.—Yo leeré con mucho gusto las aventuras de sus viajes.

GER.—Y yo también.

ROSA.—Y yo.

MAT.—Y nosotros. Zoilo y yo las leeremos también.

HEC.—¿Leer las aventuras de mis viajes?

AND.—¿Qué editor las ha publicado.

HEC.—(*Un poco desconcertado.*) Todos los editores.

AND.—Entonces estarán en todas las librerías.

OCT.—¡Desgraciadamente en ninguna! Todas las ediciones están agotadas.

HEC.—(*Con viveza.*) Yo desafío a quien pueda encontrar ni un solo ejemplar, ni uno... No, y en esto no miento.

AND.—¡Tanto como me hubiese gustado leerlas!

OCT.—¿Cenarás con nosotros?

HEC.—(*Rehusando.*) Muchas gracias, pero yo, a estas horas... Los exploradores no cenamos nunca.

OCT.—No admito pretextos...; te quedas aquí. Es mi mujer, es mi prima las que te lo ruegan.

ZOI.—Yo también, caballero... Quiero que me cuente usted sus aventuras. Soy muy aficionado.

AND.—Usted cena con nosotros, no faltaba más.

GER.—Yo misma voy a poner su cubierto. (*Se va por la izquierda.*)

HEC.—Estoy confundido con tantas amabilidades.

OCT.—¿Te esperan en algún sitio?

HEC.—Ca, hombre, ya sabes tú que yo no voy a ninguna parte. Soy misántropo por naturaleza.

ZOI.—Usted debe ser un gran cazador.

HEC.—¡Psch! Eso dicen. Mi especialidad son los elefantes. No se me resiste uno.

ZOI.—¿Y cómo los caza usted?

HEC.—Por un procedimiento muy sencillo. Con reclamo. Con un solo de trompa. ¡A trompazos!

ZOI.—Yo me pasaría la vida cazando... Pin... pan... (*Disparando sobre el busto.*)

AND.—No, por Dios, sobre mi Félix de ninguna manera.

ROSA.—Qué placer tan grande sería para mí poder acompañarle en una de sus exploraciones por esos bosques vírgenes.

HEC.—Se cansa uno mucho, señora. ¡Todo hay que recorrerlo a pie! ¡Con qué gusto hubiera yo tomado muchas veces un coche de punto; pero como no los hay! Créame; tengo, después de tantas fatigas, sed de tranquilidad, hambre de sosiego, y, a propósito de hambre... (*A Octavio.*) ¿cuándo cenamos?

OCT.—Ahora, hombre. ¡Tú debías casarte! No has pensado en ello. ¿Por qué no te casas?

GER.—(*Que acaba de entrar.*) ¡Ah! ¿El señor Cabassol es soltero?

OCT.—Celibatario convencido.

HEC.—Pero no irreductible.

OCT.—¡Bravo!

AND.—Con tantas mujeres guapas como habrá usted visto por esos países.

HEC.—Muchas, sí, muchísimas; pero es que yo, distinguida señora, no he visto nunca en la mujer lo que es precisamente la mujer, si no la camarada habitando unas u otras latitudes, geográficamente hablando.

OCT.—¡Ya está dando la batalla! Oye, Héctor, mientras llega el momento de sentarnos a la mesa, cuéntanos alguna impresión de tus viajes.

AND.—Sí, sí, sea usted complaciente.

MAT.—Le escuchamos con verdadero interés.

OCT.—Anda, hombre. Fantasía y brillantez. ¡Cuenta alguna historia terrible!

HEC.—Así de repente no se me ocurre.

AND.—Antes de escucharle ya estoy emocionada; siento escalofríos.

HEC.—Estará abierto algún balcón.

OCT.—Anda. Te oimos.

HEC.—Pues verán ustedes. (*Silencio absoluto.*) Fué en Africa. Estaba yo sentado junto al nacimiento del Nilo, el día de Nochebuena, precisamente, tratando de consolar a unos cocodrilos que lloraban a mi alrededor lastimeramente, cuando de pronto me acordé de que tenía que echar dos cartas, una felicitándole el año nuevo a un amigo, y otra para la Academia de Ciencias Naturales. Me levanté; después de apartar con la culata de mi rifle un caimancillo que obstinadamente me olía las polainas, el cual pensaría con deleite que dentro de ellas había algún hueso que roer, y eché a andar. Los juncos, según es costumbre en ellos, se ondulaban tan juncales al aire de mi paso, y yo caminaba distraído leyendo mis apuntes geográficos del día, cuando veo cerca de mí, a mi alcance, el buzón de correos. Meto la mano para depositar las cartas, y dí un grito horroroso. (*Da un grito horrendo y todos se ponen de pie.*)

AND.—¿Qué había sucedido?

HEC.—Una tontería. Que lo que yo había tomado por el buzón de correos era un león auténtico que me estaba esperando con la boca abierta.

ZOI.—¿Y qué hizo usted?

HEC.—Entonces yo...

JUS.—(*Por la izquierda.*) Señorita, cuando ustedes gusten; la mesa está dispuesta.

HEC.—¡Qué oportunidad tan admirable!

OCT.—Anda, vamos a cenar, y nos lo seguirás contando en la mesa.

HEC.—(*Ofreciendo el brazo a Andrea.*) Si usted me permite... En aquel momento, noche de luna llena... yo estaba viendo las estrellas... (*Todos van saliendo lentamente.*)

AND.—Este es mi hombre. ¡Antes de un mes, la boda! (*Telón.*)

ACTO SEGUNDO

En Belosevil. Un gran salón con dos enormes ventanales que dan sobre una terraza que domina el mar. A la derecha, primer término, puerta del cuarto de Andrea, y en segundo término, puerta del cuarto de Octavio y Germana. A la izquierda, dos puertas; la del primer término, del cuarto de Héctor, y la segunda, del salón de billar. Entre las dos puertas de la derecha, un mueble moderno, bastante alto, sobre el cual hay una figura que representa un cazador tocando una trompa (1). Entre las dos puertas de la izquierda, sobre un pedestal, el busto de Valdoré. Una mesita con jarrón de flores. Los muebles, de verano, médula y mimbre, pero lujosos y elegantes. El salón, muy iluminado. Noche de luna en el mar.

Germana, Octavio, Matilde, Rosa y Zoilo; después, Héctor y Bernardo.

(Al levantarse el telón, las señoras están sentadas y los hombres fuman, contemplando el mar. Trajes de etiqueta.)

OCT.—Hermosa noche de luna.

ROSA.—A mí me gustan más oscuritas.

OCT.—Hay más misterio, se comprende.

ZOI.—El misterio es saber dónde están los recién casados.

MAT.—Ya llevan nueve horas de matrimonio.

GER.—Desde las doce en punto.

ZOI.—Yo creí que habría muchos invitados.

OCT.—Convenimos que el matrimonio se verificara dentro de la más estricta intimidad.

GER.—Por eso Andrea ha querido que la boda se celebre aquí, en Belosevil, y no en París.

OCT.—Para evitar molestas ceremonias y cumplidos. Desde el tren a la Iglesia.

ROSA.—Casi, casi, porque llegasteis anoche mismo.

GER.—En el tren de las nueve cincuenta. El que vino esta mañana fué Héctor, que si se descuida tiene que mudarse de ropa en el andén. Llegó a las once y media. *(Se oye a Bernardo que canta un* couplet *en la terraza. Todos prestan atención, interrogándose con la mirada.)*

ZOI.—*(Yendo a mirar a la terraza.)* Es Bernardo.

GER.—¿Bernardo?

ZOI.—El electricista de Belosevil, no tenemos otro; es un chico muy simpático.

OCT.—Ha venido para arreglar los timbres y reparar la instalación de la luz.

BER.—*(Entrando.)* Buenas noches, señores.

ZOI.—Oiga, Bernardo.

BER.—Mande usted, don Zoilo.

ZOI.—Mañana, pásate por mi casa, que hay que arreglar unas cosillas.

BER.—Está bien.

---

(1) Este mueble tiene bombillas eléctricas de color, que se encenderán cada vez que suena el gramófono.

OCT.—¿Acabará usted pronto?

BER.—Ya he terminado. Voy a recoger las herramientas. (*Vase por la segunda izquierda.*)

ZOI.—(*Viendo a Héctor, que sale por la primera izquierda.*) Aquí está el novio.

HEC.—"Vini, vidi" y algo de "vici". A la disposición de ustedes.

MAT.—Y la novia, ¿dónde está?

HEC.—No lo sé. Supongo que en su cuarto. (*Indicando la primera puerta de la derecha.*) Algún detalle de la "toilette".

ZOI.—Pero, hombre, ¿y usted no va a ayudarla? ¡Qué marido más especial!

HEC.—Eso es, justamente. Yo soy un marido muy especial.

MAT.—El señor no es tan impertinente como tú. (*Todos, menos Héctor y Octavio, se van a la terraza.*)

OCT.—(*A Héctor.*) ¿Estás contento?

HEC.—Más que contento, encantado, alucinado, feliz completamente. Poseo una mujer hermosa, que será para mí la más amable de las amigas, que me cuidará de una manera deliciosa y confortable durante el día; pero, por la noche, ella allí, en su cuarto, y yo aquí, en el mío, como los matrimonios elegantes.

OCT.—Andrea te encuentra muy correcto y muy "chic".

HEC.—Yo hago y haré todo lo que pueda por serle agradable. Atenciones, amabilidades, sonrisas y un celo extraordinario por la prosperidad de sus intereses. He descubierto en mí cualidades administrativas de primer orden.

OCT.—Por algo eres explorador.

HEC.—Y todo te lo debo a ti, magnánimo primo, en el sentido familiar de la palabra.

OCT.—Por supuesto. (*Se abrazan.*) ¡Chist! Aquí viene tu mujer. Voy a ver qué hace el electricista. (*Vase segunda izquierda.*)

Andrea y dichos, menos Octavio.

HEC.—(*A Andrea, que sale por la primera puerta de la derecha.*) Mi adorada Andrea, te felicito.

AND.—¿Por qué?

HEC.—Por el traje que llevas; es una maravilla de buen gusto.

AND.—¡Adulador!

HEC.—Te lo digo como lo veo. Estás encantadora (*Le besa la mano.*) y efervescente.

ZOI.—¡Hace una luna hermosísima! Les agradaría a ustedes ir a dar una vuelta por la playa. Esto le recordará sus noches de Africa.

HEC.—¡Ah, sí! ¡Qué noches!

AND.—Yo estoy un poco fatigada.

HEC.—Entonces nos quedamos. (*Zoilo se va junto a las señoras.*)

AND.—Tú, ¿por qué no vas?

HEC.—De ningún modo; el esposo debe estar al lado de su mujercita. Este es el A B C del matrimonio.

AND.—Eso, no. Si yo me reservo mi libertad, no es justo que te prive a ti de la tuya. Me disgustarías si no te fueses a paseo.

HEC.—Iré, puesto que así tú lo dictaminas, amor mío; pero conste que mi alma se queda junto a ti. (*Va hacia la terraza.*)

GER.—(*Viniendo junto a Andrea.*) ¿No quieres acompañarnos?

AND.—Estoy cansada, y, además..., a ti puedo decírtelo, ¡sufro horriblemente! ¡Qué quieres! Recuerdo, a pesar mío, mi primera noche de bodas.

GER.—Mujer, Héctor parece bueno. Habla de ti con apasionamiento. (*Rosa, Matilde y Zoilo se van.*)

AND.—¿Estás loca? Ya sabes en las condiciones que me he casado. Yo permaneceré fiel al recuerdo de mi primer marido. (*Señalando el busto.*) Hace un momento me pareció que su mirada era más severa que de costumbre.

GER.—¡Qué simpleza!

AND.—Un hombre que me adoraba, que adivinaba todos mis deseos, que satisfacía mis menores caprichos, que no me dejaba nunca sola, ni de día ni de noche, con la sola excepción de los jueves y los sábados, tú lo sabes, que eran los únicos días de reunión con sus asociados. Un hombre a quien yo no tuve nunca nada que reprochar... ¡Sería una mala acción!

GER.—Creo que exageras un poco. Sé razonable.

AND.—Germana, te ruego que no insistas.

ZOI.—(*Volviendo.*) Germana, ¿usted tampoco viene?

GER.—Sí, señor. (*Va hacia el fondo.*)

ZOI.—No los vamos a alcanzar.

GER.—Volveremos pronto, Andrea. (*Vase con Zoilo por la terraza.*)

AND.—(*Al busto.*) Yo estoy completamente segura, Félix mío, de que tú sabrás agradecerme el sacrificio que me impongo. No se tropieza todos los días con una mujer como yo, como tampoco se encuentra todos los días un hombre tan bueno como tú. ¡Me abruma tu recuerdo!

Andrea, Justina y Alicia.

JUS.—(*Por la terraza.*) Señora...

AND.—¿Qué quieres?

JUS.—Una visita para la señora. (*Le da una tarjeta.*)

AND.—(*Leyendo.*) "La condesa Alicia de Corot". No la conozco.

JUS.—Me parece que es la propietaria de este hotel.

AND.—Que pase. (*Se va Justina.*) ¿Qué querrá esta señora? Será una visita cortés de propietaria a inquilinos; pero la hora no es acertada.

JUS.—(*Que vuelve acompañando a Alicia.*) Por aquí.

ALI.—Señora... (*Vase Justina.*)

AND.—Señora condesa.

ALI.—No, sin tratamiento. Alicia a secas; se lo ruego. Ante todo le pido me dispense por venir a importunarle a esta hora; pero acabo de recibir un telegrama de París, y me voy mañana temprano.

AND.—Está usted dispensada. Y usted me dirá a qué debo el gusto de su visita.

ALI.—Yo soy la dueña de este hotel.

AND.—Lo sé.

ALI.—Y antes de irme quisiera recoger nuestro contrato de alquiler. Una firmita nada más, y terminado.

AND.—Con mucho gusto.

ALI.—A mi vuelta de París tendré el placer de verla en mi casa, que es la suya desde este momento. Habito en el hotel inmediato.

AND.—Muchas gracias. Usted, como está en ésta, suya por todos conceptos, no necesita que se la ofrezca; pero sus moradores estamos a su disposición.

ALI.—Muy agradecida. Aquí está el contrato, doble como usted sabe. (*Se lo da.*)

AND.—¡Ay! Olvidaba que el contrato está hecho a nombre de mi marido, Héctor Cabassol, y ahora no está en casa.

ALI.—¿No está?

AND.—Acaba de salir.

ALI.—Bueno, pues entonces firmaré yo, y luego que firme su esposo.

AND.—En cuanto venga, y mañana tempranito o esta misma noche, se los enviaré ya en regla.

ALI.—No corre tanta prisa. (*Se quita los guantes.*)

AND.—¿Quiere usted pasar al despacho? Aquí no hay tintero.

ALI.—No hace falta. Llevo siempre mi pluma estilográfica. (*Saca del bolsillo la pluma.*) ¿Ustedes lo han leído ya? ¿Han repasado el inventario?

AND.—Sí, sí. Estamos de acuerdo y conformes con todo. (*Mientras Alicia firma, Andrea mira el brazalete con medallón que Alicia lleva puesto.*) ¡Qué cosa más extraña! ¡Qué parecido!

ALI.—Ya está. (*Notando la curiosidad de Andrea.*) ¿Mira usted mi pulsera?

AND.—Sí, miraba...

ALI.—¿Es de muy mal gusto, verdad? Este medallón con esta miniatura ya no se lleva. ¡Era tan poco exquisito el pobre! Pero las perlas son belíísimas.

AND.—Espléndidas. La miniatura también me parece de mérito.

ALI.—(*Enseñándole la pulsera.*) La miniatura es para mí todo el mérito del medallón.

AND.—Diría... (*Mirándola con fijeza.*) ¡No hay duda, es Félix! (*Se la devuelve.*)

ALI.—Es el retrato de mi... marido, que murió hace dos años. (*Besando el medallón.*) ¡Mi pobre Félix!

AND.—¿Dice usted que era su marido?

ALI.—Todavía no lo era. ¡Pobre Valdoré! Fué mi prometido solamente; esperaba poder divorciarse de su mujer, que era una señora imposible, según me decía, antipática, inaguantable, que le amargaba la vida...

AND.—¡Qué infame!

ALI.—Figúrese usted que era ridículamente celosa, que no le dejaba salir nunca solo. El pobrecillo, para venir a verme los jueves y los sábados, tuvo que inventar unas juntas con sus socios de unas fábricas que poseía.

AND.—¡Bandido!

ALI.—La de historias que tenía que urdir para que su mujer no advirtiera la falta del dinero que él distraía en ir alhajando nuestro futuro nido. (*Pausa.*) ¡Ay! Pero todo lo cortó la muerte. ¡Pereció ahogado en un naufragio!

AND.—¡Qué lástima!

ALI.—Sí señora.

AND.—¡Es una lástima! (¡No haberlo ahogado yo!) (*Se queda pensativa.*)

ALI.—Pero estoy importunándola. (*Le tiende la mano, que Andrea no acepta.*) Es una historia que a usted le debe ser del todo indiferente. (*Pausa.*) Debo haberle recordado algo enojoso. Hasta otra vez, señora... (No me contesta siquiera... ¡Qué grosería!) (*Mutis.*)

Andrea y Justina.

AND.—(*Dirigiéndose al busto.*) Ahora voy a ajustarte las cuentas, ¡canalla!... ¡Sí, a ti te lo digo! ¿Conque divorcio y nuevas nupcias? ¿Eh? ¡Y yo admirándote y poniéndote sobre un pedestal! (*Llama en un timbre.*) ¡Y yo sacrificándome estúpidamente a tu recuerdo y a la prosperidad de tu obra, condenándome a viudez perpetua e imponiendo unas condiciones absurdas a un hombre que es cien veces mejor que tú, ¿lo oyes bien?

JUS.—(*Por la segunda izquierda.*) ¿Llamaba la señora?

AND.—(*Designando el busto.*) ¡Llévate ese pedazo... de barro!

JUS.—¿Cómo? ¿Al señor??

AND.—Llévatelo inmediatamente y súbelo a la guardilla; pero pronto.

JUS.—(*Cogiendo el busto.*) Está bien, señora.

AND.—De prisa... Y en su lugar coloca el arlequín que hay en mi cuarto... El arlequín después de este polichinela... ¡Vamos!

JUS.—Voy, señora. ¡Pues sí que era pesado el señor!

AND.—(*Amenazando al busto.*) ¡Ah, miserable! (*Vase furiosísima por la primera izquierda.*)

JUS.—(*Cargada con el busto.*) Lo pondré ahora aquí, y en seguida lo subiré al desván... Le va a dar miedo quedarse allí tan solo. (*Entra por la segunda izquierda, deja el busto y vuelve a salir.*) Voy por la otra estatua. ¿Qué le habrá pasado a la señora para ordenar este traslado? (*Vase por la primera derecha.*)

Octavio y Bernardo; luego, Justina.

BER.—(*Con Octavio, por la segunda izquierda.*) Ya ha visto usted cómo el salón de billar queda perfectamente iluminado, y si no tiene usted que mandarme nada más por ahora....

OCT.—Nada más, no siendo que mande la cuenta cuando guste.

BER.—No hay prisa, señor... Buenas noches.

OCT.—Adiós. (*Al irse, Bernardo mira la figura del cazador y se detiene.*)

BER.—Por vida de... Se me olvidaba lo mejor. (*Torciéndose de risa.*) ¿Duerme alguien en ese cuarto? (*Señalando la primera puerta de la derecha.*)

OCT.—Sí, mi prima, la señora de Cabassol.

BER.—¿La que se ha casado hoy? ¡Pues tiene gracia! (*Riendo locamente.*) ¡Tiene gracia!

OCT.—¿Pero de qué se ríe usted?

BER.—¿Ve usted este objeto de arte?

OCT.—¿Cuál?

BER.—Este cazador que toca la trompa.

OCT.—Sí... ¿Qué tiene de particular?

BER.—Pues que si yo no arreglara el mecanismo que tiene detrás, no podrían sus primos de usted dormir en toda la noche.

OCT.—No comprendo.

BER.—Alquiló esta villa el año pasado un matrimonio yanqui... ¡vaya dos tipos originales! Figúrese usted que les gustaba dormir con música.

OCT.—Bueno, ¿y qué?

BER.—Que me encargaron un aparatito igual al que tenían unos amigos suyos, tan excéntricos como ellos. La cama de ese cuarto está sobre cuatro resortes, y al peso de los que se acuestan, y digo los porque hacen falta dos personas para que funcione el aparato, se establece un contacto eléctrico con esa figura que tiene en su interior un gramófono, y al contacto el gramófono comienza a tocar.

OCT.—Y con una persona sola ¿no suena?

BER.—No señor. (*En este momento, el cazador se ilumina y comienza a tocar una pieza musical. Octavio y Bernardo quedan sorprendidos.*)

OCT.—¿Qué quiere esto decir?

BER.—Pues... que "alguienes"...

OCT.—¿Se habrá estropeado la máquina?

BER.—No es posible.

OCT.—Vamos a ver. (*Se dirigen a la puerta y cesa de sonar la música, apagándose también las luces del aparato. Al momento aparece en el umbral Justina cargada con un arlequín que figura ser de bronce.*) ¿Qué hacía usted ahí dentro?

JUS.—Cargando con este armatoste de estatua que pesa diez arrobas, y que si no es por la cama me caigo al suelo con ella.

BER.—Es infalible... ¿Lo ve usted? (*Ayudado a Justina a sostener la estatua.*)

Al peso equivalente de dos personas... ¡música! Voy a desmontar el aparato; es cuestión de diez minutos.

OCT.—No, déjelo usted. Realmente es curioso. (*Justina, ayudada por Bernardo, ha puesto el arlequín donde estaba el busto de Valdoré.*)

JUS.—Ahora a la guardilla con el otro. (*Vase por la segunda izquierda.*)

BER.—¿Con que no lo quito?

OCT.—No. (*Pensativo, mirando el arlequín.*) No.

BER.—Como usted quiera.

OCT.—Durmiendo Andrea sola, para qué molestarse en quitarlo. (*Sigue mirando la estatua.*)

BER.—¿No manda usted nada?

OCT.—No. Buenas noches. (*Vase Bernardo por el foro.*) ¿Pero por qué habrán quitado de ahí el busto de Valdoré? Quizá lo sepa Germana.

Héctor, Ostavio y Andrea.

HEC.—(*Por la terraza.*) Vengo por un chal para tu mujer; tiene miedo del relente del mar.

OCT.—Yo se le llevaré. ¿Dónde están?

HEC.—Ahí mismo. Paseando por la playa. Dice que quiere el chal blanco, tú sabrás dónde está.

OCT.—Aquí en la terraza, sobre una mecedora. Yo mismo lo puse antes. (*Vase por el foro.*)

HEC.—¡Caracoles! (*Mirando el arlequín.*) ¡Ha habido mudanza! ¿Y mi antecesor? ¡Ah! Le habrán mandado que se acueste.

AND.—(*Por la segunda izquierda.*) ¿Habéis vuelto ya?

HEC.—Yo sólo... ¿Y el busto de Valdoré?

AND.—He mandado que lo suban a la guardilla.

HEC.—¿A la guardilla? Se aburrirá soberanamente.

AND.—Así no tendrás de continuo delante de tus ojos la imagen, que podía serte enojosa, de tu predecesor.

HEC.—No, eso no. Ya me había acostumbrado a ver a Felixillo, y hasta me permitía algunas familiaridades con él. ¡Era tan calladito!

AND.—Supuse que su presencia te desagradaría. (*Se sienta y hace señas a Héctor para que haga lo mismo.*)

HEC.—Te aseguro que no me molestaba.

AND.—Eso lo dices por delicadeza, porque tú eres muy digno, y no es hoy la primera vez que lo advierto. Desde el primer instante que fuimos prometidos, has demostrado una corrección perfecta. Pudiste permitirte algunas confianzas y no te has propasado ni una sola vez.

HEC.—Era lo convenido.

AND.—Sin embargo, cualquiera en tu lugar...

HEC.—Yo, no. Yo... en mi lugar descansen.

AND.—Quizá yo no te inspire...

HEC.—¡Oh!

AND.—No te agrade.

HEC.—¡Ah!

AND.—Quizá no tenga encantos...

HEC.—¡Innumerables! Eres una mujer deliciosa. En mis tiempos de explorador canibalesco hubiese dicho que eres apetitosa.

AND.—Mejor, porque cuando dos esposos han de vivir juntos sin gustarse...

HEC.—Tú para mí eres una golosina, me gustas mucho.

AND.—Estoy persuadida de que tú harás un buen marido.

HEC.—Me han fabricado "ad hoc". Pero todo depende de lo que tú llames buen marido.

AND.—La definición es un poco delicada.

HEC.—Hay mujeres que ven en el esposo el camarada, el confidente, el amigo, el ingenio, la gracia, la energía, la honradez, el brazo que sirve de apoyo para subir a gusto las cuestas.

AND.—Evidentemente, el carácter y el espíritu son cosas muy importantes, pero hay algo más.

HEC.—¡Ah!... ¿Hay algo más? No está en nuestro programa. Nosotros nos hemos casado con una condición.

AND.—Una condición que tú habrás encontrado absurda.

HEC.—Nada de eso. La religión del recuerdo. ¡Admirable! A este cura le parece admirable esa religión. Es todo un mito.

ANT.—¿Y no te enoja?

HEC.—¿Por qué?

AND.—Esa cláusula restrictiva de las dos habitaciones.

HEC.—Es muy higiénico.

AND.—Héctor. (*Cogiéndole las manos.*)

HEC.—Querida amiga...

AND.—Llámame Andrea, Andreíta... ¿Y si borrásemos la cláusula?

HEC.—¿Borrarla? ¿Qué dices?

AND.—Olvidándola desde hoy mismo; viviendo como todos los maridos con sus mujercitas.

HEC.—(*Levantándose.*) Esta es la hecatombe de un geógrafo.

AND.—¿Qué tienes?

HEC.—Que no me acuerdo de los límites de la Alcarria, siendo esta hora para mí más dulce que la miel. (*Volviéndose a sentar con mucha tranquilidad.*) Sigue, Andrea.

AND.—¿Pero no te emociona la sorpresa? ¿Sigues oyéndome con la misma frialdad?

HEC.—Qué quieres, la frialdad es mi segunda naturaleza. ¡Yo me asomo al cráter de un volcán en erupción y congelo la lava!

AND.—Hectítor, para ti guarda mi corazón tesoros de ternura... ¡Dos años!...

HEC.—¡Dos años y los réditos! ¡Qué cariñosita es la pobre!

Dichos, Germana, Matilde, Rosa, Octavio y Zoilo.

ZOI.—Ya estamos de vuelta, es decir, de media vuelta.

HEC.—Muy oportunamente.

OCT.—Porque venimos a buscaros para que vengais a ver los fuegos artificiales que se están quemando delante del Casino.

ROSA.—Es una distracción que divierte mucho.

MAT.—Esos cohetes, que luego se desgranan en tantas lucecitas.

HEC.—Y que a veces le desgranan a uno un ojo.

OCT.—Desde el kiosko del jardín será magnífico punto de vista.

ZOI.—Vamos allá. La recién casada, de mi brazo, ¿eh? ¿Amigo Héctor, no será usted celoso?

HEC.—De usted, no. ¿Quién hace caso de un loro?

AND.—¿Vienes, Héctor?

HEC.—En el tren rápido, amor mío. (*Se van por la terraza: Andrea, del brazo de Zoilo, y Octavio, con Matilde y Rosa, una de cada brazo. Cuando Héctor ofrece el suyo a Germana, ésta lo detiene.*)

Héctor y Germana; luego, Andrea.

GER.—¿Cómo estás con Andrea?

HEC.—Bien, gracias.

GER.—¿Quieres que te diga una cosa?

HEC.—¿Por qué no?

GER.—Para mí el recuerdo de Valdoré se sostiene por un hilo, por un hilo nada más.

HEC.—¿Tú crees?

GER.—Estoy segura, y ese hilo se romperá, se desvanecerá y se evaporará, ¿comprendes?

HEC.—A medias; eso del hilo me ha hecho un ovillo.

GER.—Aquí tienes la prueba bien clara. El busto de Félix, que era el trofeo del salón, ha desaparecido. ¿Dónde está?

HEC.—¡Le han jubilado!

GER.—¡Animo! Eso quiere decir mucho, y si tú sabes interesarla, la felicidad de Andrea y la tuya dejará de ser una charada.

HEC.—Ya sabré encontrar la solución.

GER.—Las mujeres no solemos equivocarnos en cuestiones sentimentales, y si tú pones un poquitín de arte y diplomacia, mi prima será dichosa, y regalaremos el busto de Valdoré al alcalde de este pueblo, para que adorne con él un paseo público.

HEC.—Dalo por regalado.

AND.—(*Por el foro.*) ¿Pero qué hacéis? ¿No venís?

GER.—Te ayudaré. (*A Andrea.*) Es que Héctor me estaba diciendo que a él los fuegos le impresionan mucho y que prefería quedarse aquí, contigo, ¿verdad? Y aquí os dejo mientras voy a llenarme los ojos de luces de colores. (*Vase rápidamente por la terraza.*)

AND.—Yo también deseaba estar a solas contigo... Los amigos son muy agradables en ocasiones, pero esta noche les encuentro un poco impertinentes. No saben irse.

HEC.—Debían comprender que están haciendo mucha falta en su casa.

AND.—Pero no lo comprenden.

HEC.—Ni la hacen, por lo visto.

AND.—Y yo que me había preocupado tanto de nuestra separación. (*Indicando los dos cuartos.*) ¡Qué tonta he sido! ¿Tú no conoces todavía mi cuarto? Quiero que lo veas. Pero antes voy a trasladar unas cosas que puse en el tuyo.

HEC.—¿Llamo a la doncella?

AND.—Prefiero hacerlo yo. Salgo en seguida. (*Vase primera izquierda.*)

Héctor, Zoilo, Andrea y Octavio.

HEC.—Estoy en pleno cuarto de hora. Héctor, disponte al sacrificio.

ZOI.—(*Por el foro.*) Desde que dijo usted que los fuegos artificiales pueden desgranarle a uno un ojo, se me ha metido en la cabeza que podría ser uno de los míos, y no le quiero dar ese gusto al pirotécnico. Y ya que está usted solo, le propongo una partidita de carambolas.

HEC.—¡Me ha partidito este hombre!

ZOI.—A doscientas nada más.

HEC.—(Voy a cortar por lo sano.) Con una condición: la de que en cuanto haga usted una chamba, dejo de jugar..., (que será en seguida, porque este tío tiene cara de chambón.) (*Sale Andrea, llevando en las manos unas babuchas y un pijama, que oculta al ver a Zoilo.*)

ZOI.—Conforme. Vamos allá. (*Va hacia la segunda izquierda.*) Va usted a ver al coloso del retroceso.

AND.—Héctor.

HEC.—¿Qué quieres, monada mía? Amigo Zoilo, vaya usted escogiendo taco, que voy en seguida. (*Vase Zoilo.*)

AND.—¡Pero te pones a jugar ahora! ¡Sí que van a irse pronto!

HEC.—Qué quieres. ¡Es un compromiso! Lo tomaría a desaire.

AND.—Bueno, te autorizo una partida; pero que sea corta, ¿eh?

HEC.—En cuanto haga la primera chamha, le dejo solo; es cosa convenida. Cuestión de minutos.

AND.—No tardes. (*Vase primera derecha.*)

HEC.—(*Corriendo al encuentro de Octavio, que entra por el foro.*) Octavio.

OCT.—¿Estás solo?

HEC.—¡Sólo, sí, pero con gotas de felicidad! ¿No me notas nada? ¿No ves así como iluminado mi rostro?

OCT.—¿Qué te ocurre?

HEC.—Chico, estoy emocionado... ¡Qué suerte tengo! ¡Si tú supieras!...

OCT.—¿Qué te pasa?

HEC.—¡Estoy loco de alegría, estoy en plena enajenación mental!

OCT.—Lo parece. ¿Quieres hablar claro?

HEC.—¿Te acuerdas de aquello de masajista en un harém?

OCT.—Sí, me acuerdo.

HEC.—Pues era una fantasía morisca.

OCT.—¿Por qué?

HEC.—El volcán no se ha extinguido; ha bastado un choque, una chispa, para una nueva erupción; yo tengo una erupción, Octavio.

OCT.—A tu edad, eso es grave.

HEC.—¡Y todo provocado por ella! Me ha hecho una declaración delirante.

OCT.—¿Ella una declaración?

HEC.—¡Tan cálida, tan apasionada!... ¡Ah! Tachada la clausulita aquella, la de los dos cuartos...

OCT.—¿Qué dices?

HEC.—Ese es el programa futuro; un futuro perfecto, te lo participio, te lo participo; con la emoción no sé ni hablar.

OC.—Entonces, ¿el recuerdo de Valdoré?...

HEC.—Esfumado completamente.

OCT.—¿Y su busto?

HEC.—En Clases pasivas.

OCT.—Pero esto es una revolución en serio.

HEC.—Como todas las revoluciones.

OCT.—Pero ¿y tu palabra? Tú has dado tu palabra de honor.

HEC.—Sí... Pero Andrea me la ha devuelto, y yo no iba a rechazarla.

OCT.—Claro...; pero espera. (*Queda meditabundo.*)

HEC.—Ahora voy a esperar que Zoilo haga la primera chamba, para quedarme libre.

OCT.—¿Chamba? Pero si Zoilo es el rey del billar.

HEC.—¡Remingo! Pues juega tú con él, que yo voy a reunirme con mi mujercita.

OCT.—(*Como habiendo encontrado una solución.*) ¡Desgraciado! ¡Eso no lo puedes hacer, o todo está perdido!

HEC.—¿Por qué?

OCT.—¡Cándido! ¿Tú no ves que es un lazo que ella te tiende?
HEC.—¿Un lazo?
OCT.—Una prueba a que te somete...
HEC.—¿Yo a prueba?
OCT.—Para asegurarse hasta dónde puede tener confianza en ti; para saber si cumples la palabra que le has dado.
HEC.—¡Octavio, me petrificas!
OCT.—Lo que oyes, y nada más que lo que oyes.
HEC.—¿Pero es posible? ¡Ah, perversa!
OCT.—Tú crees que es natural y lógico ese cambio tan súbito, tan inesperado.
HEC.—¡Me-lo decía tan bien aderezadito!...
OCT.—¡Era el cebo!
HEC.—¿Yo cebado? ¿Pero a tanto puede llegar la perfidia de las mujeres?
OCT.—¡Infeliz! ¡No las coneces bien!
HEC.—¿De modo que hubiera sido una plancha?
OCT.—Definitiva. (*Pausa.*) ¿En qué piensas?
HEC.—Estoy buscando una interjección horrible contra la falsía de las mujeres.
ZOI.—¿Viene usted, Héctor? Acabo de encontrar un taco maravilloso. (*Sale con un taco de billar en la mano.*)
HEC.—¿Con que un taco? Yo no daba con él. ¡Y bien sabe Dios que lo necesito!
ZOI.—Hace media hora que estoy esperando...
HEC.—Voy... (*Vase Zoilo.*) Y tú también, Octavio. Jugaremos los tres..., a palos... ¡Necesito desahogarme para olvidarlo todo!
OCT.—Y de paso te distraerás.
HEC.—Tienes razón. (*Volviéndose hacia la puerta del cuarto de Andrea.*) Conque me tendías un lazo, ¿eh? ¡Pues ni con lazo, ni con liga, cazas tú a este pájaro..., pájara! (*Se va con Octavio por tercera izquierda.*)

Andrea y Héctor.

AND.—(*Saliendo de su cuarto.*) Pero será posible que Zoilo todavía no haya hecho la primera chamba? Voy a curiosear. (*Yendo hacia el billar.*) ¡Pero si están los tres jugando! (*Llamándole.*) ¡Héctor! ¡Héctor!
HEC.—(*Dentro.*) Yo no salgo.
AND.—¿Qué dice? ¡Héctor!
HEC.—Que no salgo, ea. Que salga Zoilo.
AND.—¡Ah, era cosa del juego! No me ha oído... Héctor, ven.
HEC.—(*Saliendo.*) ¿Qué quieres?
AND.—Verte..., hablarte.
HEC.—Andrea, Andrea, ¡estoy enojadísimo!
AND.—Lo comprendo, ¡esta gente no se va nunca!
HEC.—Yo te ruego que no finjas ni un segundo más.
AND.—¿Qué estás diciendo?
HEC.—No digo nada, lo callo todo; pero te advierto que no caeré en las redes que me estás tendiendo.
AND.—Me explicarás...
HEC.—¡No quiero ni debo explicarte nada! Comprenderás que he adivinado todos tus manejos. ¡Eres una sirena engañadora! Has querido saber si yo era un hombre capaz de cumplir mi promesa. ¡Ah, Maquiavela!
AND.—Tú supones que mis palabras...
HEC.—¡Eran un lazo!
AND.—¿Y mis ternuras?

HEC.—¡Volátiles!

AND.—¡Héctor, Héctor mío, volátil yo, que te adoro con toda mi alma!... ¿No me ves? (*Muy amorosa.*)

HEC.—¡Sí, sí te veo!... Te veo y no te veo.

AND.—¿Y no me crees? ¡Mira, y lee en mis ojos!

HEC.—(*Se aproxima, coge las manos de Andrea y la mira muy cerca y muy fijo.*) Venga el catón. ¡Ah! ¡Tus ojos no son ojos, son dos simas que atraen! (*Vacilando.*) ¡Ay, que me mareo!

AND.—¿Qué tienes?

HEC.—¡El vértigo de las alturas!

AND.—(*Asustada.*) ¡Héctor!

HEC.—¡Me rueda la cabeza! (*Abrazando a Andrea, como apoyándose para no caer.*) ¡Me rueda todo!

AND.—¿Estás enfermo? Justina... Germana... (*Le acaricia las manos y la frente.*) Voy a...

HEC.—¡No, no llames a nadie!... ¡No me dejes solo!

AND.—¿Dónde tienes el mal?

HEC.—En todo el cuerpo. Se me ha indigestado la comida de boda. Siento que los calamares bailan en mi estómago un "cake-walk" negro y que los langostinos me trepan por la garganta. (*Andrea le quita febrilmente el cuello y la corbata.*) ¡Què me pongo peor con las cosquillas!

AND.—(*Oyendo hablar en la terraza.*) ¡Que no te vean así!... Vamos a mi cuarto. Allí hay éter. Se te pasará con una tacita de te. Yo misma voy a hacértela.

HEC.—Lo que tú quieras. (*Andrea le coge del brazo y se van los dos por la primera derecha.*) Sigue rodándome todo... (*Desaparecen.*)

Germana, Matilde, Rosa Octavio y Zoilo.

GER.—(*Por la terraza, con Matilde y Rosa.*) Estarán en el billar de seguro. (*Mirando.*) Señores, que ya estamos de vuelta.

MAT.—Se acabaron los juegos.

ZOI.—No se puede jugar con Octavio, es un chambón que indigna. ¡Tirar tres tablas y salir un retroceso...

OCT.—Porque juego mejor, mejor que tú, y hago carambolas de fantasía; ¿si tú no las sabes admirar, qué culpa tengo yo?

MAT.—¿Nos vamos, Zoilo?

ZOI.—Cuando quieras. (*Germana llama en el timbre.*)

OCT.—¿Dónde estará Héctor?

ROSA.—Es verdad. ¿Y Andrea?

JUS.—¿Llamaba la señora?

GER.—Di a los señoritos que vengan a despedirse. Estarán en el comedor. (*Vase Justina.*)

Dichos y Vicente.

(*Cuando las mujeres comienzan a besarse para irse, entra por la terraza un hombre con la cara afeitada y llena de tatuajes de diferentes colores. Anda vacilante y torpemente. Al entrar mira a su alrededor con aire atontado; después se dirige al grupo.*)

EL H. T.—Perdón... Ustedes dispensen si les asusto.
TODOS.—¿Quién es?
OCT.—Un hombre tatuado.
ZOI.—Parece un salvaje. (*El hombre tatuado se quita el sombrero para saludar, y se ve que lleva toda la cabeza afeitada, menos el extremo superior, donde lleva un moñito, y sobre él, una pluma.*)
OCT.—Caballero.
EL H. T.—(*Hablando con mucho esfuerzo.*) ¡Mi mu-jer!
TODOS.—¿Su mujer?
EL H. T.—(*Cada vez con más trabajo, tambaleándose e inclinanado la cabeza.*) ¿Dón-de está mi mu-jer?... (*Cae sobre una butaca.*)
OCT.—¿Su mujer de usted? ¿Pero usted quién es? (*El hombre tatuado no responde y parece dormido.*) ¿Que quién es usted?
GER.—¡No responde... y ronca!
OCT.—Parece ser un indio con la enfermedad del sueño que hay en Africa. Yo he visto dos así en París... ¡Se exhibían! (*Sacudiendo al hombre tatuado.*) ¿De dónde viene usted? (*Viendo que abre los ojos.*) ¿De dónde viene usted?
EL H. T.—(*Con un supremo esfuerzo.*) De Africa... Mi mu-jer. (*Vuelve a cerrar los ojos y a dejar caer pesadamente la cabeza.*)
GER.—Está alelado.
MAT.—Es un salvaje del todo. ¿Morderá?
ZOI.—¿Pero, y a qué viene este indio a esta casa?
GER.—¡Octavio, qué sospecha! Africa..., su mujer... ¿Si será?... A ver si lleva algún documento encima.
OCT.—Voy a ver. (*Al separar la americana ve, en el bolsillo interior, un gran sobre. Octavio le coge, le abre y mira lo que contiene.*) ¡Dios mío!
TODOS.—¿Qué?
OCT.—¡El retrato de Andrea! (*Consultando papeles.*) ¡Los planos de la fábrica de Juvissy! ¡Un cheque a su nombre! ¡Su papeleta de elector! Es él, que ha escapado del naufragio. ¡No hay duda!
TODOS.—¿Quién?
OCT.—¡¡Valdoré!! Este es Valdoré, el primer esposo de Andrea.
GER.—¡Y llega el mismo día en que su mujer ha tomado un segundo marido!
OCT.—¡Pero llega a tiempo; si es una hora más tarde!... ¿Dónde está Andrea?
ZOI.—¡Señora de Valdoré y de Cabassol!
MAT. y ROSA.—¡Bígama!
GER.—¿Y Héctor..., dónde está? (*En este preciso momento el gramófono se ilumina y toca una marcha guerrera.*)
EL H. T.—(*Tarareando.*) Toron... ton... ton..., toron... ton... ton...
OCT.—¡El gramófono! ¡Si él supiera! (*Rompe a reir descompasadamente. Las mujeres miran el gramófono con un estupor inenarrable.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Justina y Bernardo.

(*Al levantarse el telón, el cazador-gramófono está tocando e iluminado.*)

JUS.—(*Por la terraza, seguida de Bernardo.*) ¡Gracias a Dios! Anoche fuí dos veces a su casa, para decirle que viniera usted en seguida, y, como no estaba, por eso le dejé el recado.

BER.—Ya, ya. Pero anoche fuí muy tarde a casa y no era cosa de venir a la madrugada. ¿Qué quieren tus amos? (*Volviéndose hacia el cazador.*) ¿Oyes?

JUS.—Ya lo creo que oigo. Como que estamos así toda la noche.

BER.—Pues ya sé lo que quieren los señores; es decir, me lo figuro. (*Riendo.*) ¡Es infalible! (*Cesa de sonar el gramófono y se apagan las luces.*) ¿Quién duerme ahí?

JUS.—La señorita Andrea y su esposo.

BER.—Pues en este momento se acaba de levantar uno de los dos..., o los dos.

JUS.—¿Es usted adivino?

BER.—Lo que oyes. Avisa al señorito que estoy aquí, y dame mientras una taza de café, porque he venido sin desayunarme.

JUS.—Pase usted a la cocina. Ya sabe el camino. Avisaré al señorito, y en seguida voy. (*Vase Bernardo por la segunda izquierda.*) Llamaré. (*Golpea suavemente en la segunda puerta de la derecha. Pausa. Vuelve a golpear.*) ¡Señorito..., señorito Octavio!... (*Pausa.*) ¡Señorita Germana! No contestan. Puede que estén en el cuarto de baño. (*Vase segunda izquierda.*)

Octavio y Justina.

(*La escena queda sola un instante, y a poco sale*)

OCT.—¡Valiente noche! Entre la musiquita y el marido resucitado no he podido pegar un ojo. El pobre hombre está como embrutecido por el sueño. Voy a ver si sigue en la misma postura que le dejamos anoche. (*Se asoma a la primera puerta de la izquierda.*) ¡Igual! Malo es no dormir, ¡caracoles!; pero eso es peor. Por algunos momentos que tuvo ayer lúcidos, he podido saber que se salvó del naufragio, que le pescaron los indios papúes, y que los papúes le hicieron rey. ¡Sí que es un capricho!

JUS.—Señorito, le estaba buscando a usted.

OCT.—¿Para qué?

JUS.—Para decirle que ha venido el electricista, y espera saber lo que usted desea.

OCT.—Que se desayune, si no lo ha hecho, y que aguarde. (*Vase Justina.*) Mientras no se levanten los recién casados... ¿Y cómo se les va a dar la noticia del resucitado? Que se la dé Germana. Voy a decírselo. (*Vase segunda derecha.*)

Andrea y Héctor.

AND.—(*Por la primera derecha. Sale vestida con un salto de cama elegantísimo. Héctor la sigue con babuchas y pijama de seda.*) ¿Has visto qué buena enfermera hago?

HEC.—Eres un ángel. (*Le abraza.*)

AND.—Si alguien nos viera...

HEC.—Estamos en nuestro perfecto derecho.

AND.—Sí; pero al día siguiente de una noche de bodas, la casada es siempre objeto de una curiosidad un poco irónica.

HEC.—¡Envidias! ¿Quieres que te diga una cosa?

AND.—¿Qué es ello?

HEC.—Que con ese salto de cama estás salteadora, de monísima, y que vas a ser la mujer más feliz de la tierra, porque no voy a ser tu marido; voy a ser tu "fox-terrier".

AND.—¡Calla, tonto; no digas perrerías!

HEC.—Nuestra existencia será un idilio de correa sin fin; se harán aleluyas de nuestra felicidad; yo no podía soñar tanta dulzura. Trae, que te bese una yema. (*Le besa la punta de los dedos.*)

AND.—¡Goloso!

HEC.—¡Ah! Y, con tu permiso, voy a enterarme de quién se ha pasado tocando el gramófono toda la noche. Parecía que sonaba en esta habitación, y me creí que era una broma de Octavio; pero dos veces que me he levantado para ver si sorprendía la broma de tus primos, aquí no había nadie ni se oía nada.

AND.—Puede que fuera en el hotel de al lado.

HEC.—Pues iré a decirles que no me gustan las audiciones a media noche. Y, a propósito de media noche, ¿pedimos el desayuno?

AND.—Voy a preparártele yo misma.

HEC.—Adórname el chocolate con dos medias caladas de manteca. Tengo cierto apetito.

AND.—También le adornaré con unos "sandwichs".

HEC.—Ya que insistes en los "sandwichs", que sean de jamón. (*Vase Andrea.*) ¡Qué triunfo el mío!

Héctor y Germana; luego, Octavio.

HEC.—El jamón es una de las columnas fundamentales de la humanidad. ¡Hay que nutrirse! ¡Qué vidita me espera! (*Viendo salir a Germana por la segunda derecha.*) ¡Buenos días, primita encantadora! ¿Cómo has pasado la noche?

GER.—Malísimamente.

HEC.—Vamos, ¿a ti tampoco te ha dejado dormir la musiquita?

GER.—Eso es lo de menos. ¿Dónde está Andrea?

HEC.—Sandwicheándome el desayuno. ¿Quieres verla?

GER.—Sí... o, si no, no. Pero sí... No, no. Prefiero que...

HEC.—¿Estás hablando en chino? ¿Qué te pasa?

GER.—¡Pobre Andrea!

HEC.—Oye, oye, eso de pobre Andrea..., te aseguro que no. ¡Es completamente feliz!

GER.—¡Te equivocas! ¡Es completamente desdichada!

HEC.—¡Me asustas!... ¿Por qué lo dices?

GER.—¡Valdoré!...

HEC.—¿Valdoré? Mujer, está en la guardilla. Eso lo sabe todo el mundo.

GER.—¡Valdoré ha resucitado!

HEC.—¿Resucitado? ¿Valdoré? ¿Mi predecesor? ¡Caray! Vaya unas bromitas matinales.

GER.—¡No es broma! ¡Está aquí!

HEC.—¡Pero si es imposible!

OCT.—(*Por la segunda derecha.*) Si le quieres ver, ahí le tienes, en el que era tu cuarto. (*Va hacia la primera izquierda y entreabre la puerta.*) Está arreglándose el moñito delante del espejo, sin duda para presentarse coqueto delante de tu... de su mujer.

HEC.—¡Jocoso! ¡Jovialete!...

OCT.—¡Que es en serio! ¡Mírale! (*Le lleva frente a la puerta.*)

HEC.—¡Reconcho! Un hombre, es verdad.

OCT.—Llegó anoche, cuando tú apenas acababas de desaparecer con Andrea.

GER.—¡Justamente, y reclamando su mujer!

OCT.—Tú comprenderás que yo quise evitar un escándalo.

HEC.—Pero si yo he visto su acta de defunción, refrendada por el Ministro de Marina, que en representación del Gobierno francés, daba el pésame a todas las viudas de los pasajeros del barco ido a pique. Si es un cadáver garantizado... Además, cuando uno se muere tan formalmente, hasta con el refrendo del ministro, no hay derecho a volver a este mundo.

OCT.—Cuando el naufragio, le pescaron los papúes.

HEC.—Por algo abominaba yo de la pesca, hombre. Y esos papúes, ¿no eran antropófagos? ¡Ahora que hubiera sido tan oportuno!

OCT.—Todo lo contrario. ¡Figúrate que le eligieron rey!

HEC.—¡Pero porqué mentirán esos historiadores! Ya no hay caníbales en el mundo. ¿Y os ha dicho él mismo todo eso?

OCT.—Lo dice casi por señas, porque se expresa con mucha dificultad.

GER.—Viene con la enfermedad del sueño.

OCT.—Y ahora tu matrimonio es nulo, porque como Andrea no estaba viuda...

HEC.—Pero de verdad... ¿Esto no es una chirigota?

OCT.—Palabra de honor. Todo es cierto.

HEC.—¿Y qué hago yo con ese rey? ¿De qué me sirve el triunfo?

GER.—¡Qué lástima perderle!

HEC.—¡Os advierto que yo estoy dispuesto a salir arrastrando si es preciso!

Dichos y Andrea.

AND.—(*Por la segunda izquierda.*) ¿Ya todos levantados? Buenos días, primitos.

GER.—Felices, Andrea.

OCT.—Infelices, sería mejor.

AND.—¿Infelices?

OCT.—(*A los otros.*) ¿Quién se lo comunica?

HEC.—Andrea, ¡si tú supieras!...

OCT.—Sí, sí; mejor es que se lo digas tú mismo.

GER.—Mejor será.

AND.—¿Qué cuchicheos son esos?

GER.—Héctor tiene que decirte una cosa muy importante.

OCT.—Nosotros os dejamos solos, sin perjuicio de acudir en el momento preciso.

AND.—¡Tan delicado es, que no podéis oirlo vosotros!

OCT.—Podemos, pero no debemos.

GER.—Es mejor que lo oigas de sus labios y a solas. (*Silenciosamente estrechan los dos la mano de Andrea, y se van por la segunda derecha.*)

Andrea y Héctor.

AND.—¿Pero qué sucede? (*Héctor quiere cogerle una mano.*) No. Sepamos antes.

HEC.—(*Tiernamente.*) ¡Andrea!

AND.—¡Héctor!

HEC.—(*Cogiéndole las dos manos y estrechándolas con efusión.*) ¡Sí, Héctor, tu Héctor, quizá por última vez!

AND.—(*Con infinito asombro.*) ¿Qué?

HEC.—Yo quisiera decirte lo que ocurre con toda la suavidad posible; pero es tan extraordinario y tan inaudito lo que acontece...

AND.—Me das miedo. Di, qué pasa.

HEC.—Pasa... Te suplico que no te desmayes.

AND.—¡Acaba de una vez!

HEC.—¡Pues, pasa... que yo no soy tu marido!

AND.—(*Sonriendo.*) Héctor, me parece que para broma es demasiado.

HEC.—(*Trágico.*) ¡Esto es más serio que el patíbulo!

AND.—Explícate antes.

HEC.—Ante los ojos de la ley, yo no soy tu marido, tu segundo marido, si así se le antoja a Valdoré... ¡Tú no eres viuda! ¡Tu primer marido ha resucitado!

AND.—¿Cómo?...

HEC.—Abriendo los ojos otra vez a este mundo, saliendo, como Venus, de la espuma de las aguas. Unos caníbales que se entretenían en pescar lo sacaron del mar, como a un besugo.

AND.—¡Dios mío! ¡Yo me muero!

HEC.—No, eso no, te lo suplico; no empeores la situación; más adelante, si tienes gusto en ello..., es decir, no sé lo que me digo.

AND.—Pero, ¿cómo lo sabes tú?

HEC.—Por Octavio, que le ha visto... Porque Valdoré está aquí.

AND.—¿Aquí? ¿Entonces no hay duda? ¡Es horrible! ¿Y qué es lo que pide? ¿Qué es lo que quiere ese hombre?

HEC.—Supongo que volver a tomar posesión de su cargo.

AND.—¿Recobrarme? ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Eso sería muy cómodo! ¡El, oficialmente, se murió! El barco se fué a pique. Todos los pasajeros y tripulantes perecieron. El Gobierno francés así lo ha reconocido, y a esta garantía oficial del Gobierno nos acogemos nosotros.

HEC.—Pero los Gobiernos suspenden cuando quieren las garantías... Y como él se salvó, la ley le ampara.

AND.—Yo me río de la ley, y él también se ha reído. ¿Ha respetado la ley para engañar a su esposa? El pretendía divorciarse de mí y casarse de nuevo con la condesa Alicia de Corot. ¡Me lo ha dicho ella misma!

HEC.—Después de lo ocurrido, le creo capaz de faltar a todas las leyes de este mundo y del otro. Pero lo triste del caso es que, por culpa de este ultramarino, nuestro matrimonio es nulo.

AND.—¡No digas eso ni en broma!

HEC.—¡Se nos ha roto la correa sin fin al principio de nuestra felicidad! ¡Ya no harán aleluyas de nosotros! ¡La de "sandwichs" que yo esperaba comerme y que se han esfumado!

AND.—Sé enérgico. ¿Tú me quieres?

HEC.—¿Que si te quiero? Pon la mano sobre mi corazón y escucha... Es un motor de cuarenta caballos, y mientras le quede un caballo a este motor, será tuyo. (*Se abrazan.*)

Dichos, Octavio y Germana.

OCT.—¡Qué grupo!

GER.—¡El último abrazo! Enternece verlos.

OCT.—(*A Héctor.*) ¿Se lo has dicho todo?

AND.—Sí... ¿Y está aquí?

OCT.—Saldrá de un momento a otro.

AND.—Pues bien. ¡Dejadme sola con él!

HEC.—¿Con él? Eso nunca, mientras este motor funcione. (*Señalándose el corazón.*)

AND.—No temas. ¿Sabe que estoy otra vez casada?

OCT.—No se lo he dicho. He preferido que tú...

GER.—No vas a conocerle, no hay quien le conozca.

OCT.—Está cambiadísimo... Tatuado, sin barba, calvo, con un quiquí en la cabeza...

AND.—Me es igual. ¡Estará bonito! ¡En cuanto le vea le arranco el quiquí!

OCT.—Además está completamente idiotizado por la enfermedad del sueño. No habla más de tres palabras seguidas.

HEC.—¿Habla poco? Pues yo me entenderé con él.

AND.—¡Tú, no! ¡Quién sabe de qué drama serías capaz! ¡Yo hablaré con él!

HEC.—¡De ninguna manera! Tú no hablas con ese hombre hasta después que yo lo haya hecho. Mi dignidad así lo exige. Va en ello el interés de los dos, y yo debo velar por tu vida, y, sobre todo, por tu felicidad, que se está comprometiendo en estos luctuosos momentos.

GER.—Héctor tiene razón.

OCT.—La tiene. Los hombres poseemos el precioso don de la serenidad, del cual carecéis las mujeres, y...

HEC.—Exacto. Sólo los hombres son serenos. Andrea, vete con tu prima al salón de billar y espera confiada el resultado de mi entrevista. (*Octavio va de puntillas hasta la puerta primera de la izquierda y mira al interior.*)

OCT.—¿Vamos, Andrea?

AND.—Por Dios, Héctor, no te arrebates. No os peguéis.

HEC.—Vete tranquila.

OCT.—Aquí llega. (*Va hacia el foro.*)

HEC.—Idos. (*Andrea, Germana y Octavio se van por la segunda izquierda.*)

Héctor y el Hombre Tatuado.

EL H. T.—(*Por la primera izquierda. Sale con el paso tardo, vacilante e inclinada la cabeza.*) Buenos días.

HEC.—¡Dios mío! Pero si esto es un chimpancé. Caballero...

EL H. T.—Muy señor mío.

HEC.—¡Es un gorila! Siéntese y expliquémonos neta y rápidamente. ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Qué es lo que desea usted, después de dos años que se le creía en el vientre de los tiburones?

EL H. T.—Yo quiero mi mujer. ¡Mi mujercita!

HEC.—Nada más que eso, ¿verdad? ¿Y usted se figura que es suficiente decir yo quiero mi mujer, mi mujercita, para que ella inmediatamente salte a su cuello y olvide en un abrir y cerrar de ojos que durante dos años no ha tenido noticias de usted ni por una mala postal?

EL H. T.—Los papúes no usan postales ni correspondencia.

HEC.—Así hacen el indio tan a maravilla.

EL H. T.—Yo quiero mi mujer.

HEC.—¡Ya lo he oído! Pero antes debía usted pensar, si puede, todo lo mal que se portó usted con ella.

EL H. T.—Yo de nada tengo que arrepentirme.

HEC.—¿Negará usted que tenía otra mujer?

EL H. T.—Tenía un harém, pero eso era anejo al cargo de rey de los papúes.

HEC.—Hablo de antes del naufragio, de cuando vivía usted aquí en Francia, en París, ¿recuerda?

EL H. T.—¿El qué?

HEC.—Que pensabe usted divorciarse; confiéselo. Hablo de la condesa.

EL H. T.—¿La condesa?

HEC.—La condesa Alicia de Corot.

EL H. T.—No la conozco. (*Da cabezadas.*)

HEC.—Aquí no caben mentiras. Hay que decir la verdad desnuda. El momento es transcendental. Voy a hacerle una proposición. El pasado ha muerto; no hablemos de él, y usted es un vivo con el cual no se contaba; por lo tanto, usted va a volver a irse donde quiera, lo más lejos posible.

EL H. T.—No comprendo nada.

HEC.—Tendrá una pensión suficiente para satisfacer sus gastos, y desde luego no volverá a pensar que su mujer existe.

EL H. T.—¡Mi mujer! ¡Yo quiero mi mujer! (*Se duerme poco a poco.*)

HEC.—¿Insiste? Pues bien, debe usted saberlo: Andrea se ha vuelto a casar y tiene un segundo marido.

EL H. T.—¿Y a mí que me importa? (*Queda dormido.*)

HEC.—¿Y a usted qué le importa? Lo creo. ¡So cínico! Le protegen a usted las leyes; pero por encima de las leyes está la conciencia... ¿Oye usted lo que digo?... Pero, ¿qué ha de oir, si está durmiendo? (*Acercándose a él.*) ¿No me oye usted, hombre egoísta y sin entrañas? ¡Cualquiera hace razonar a un leño! (*Llamando.*) ¡Octavio! ¡Germana!

Dichos, Octavio, Germana; luego, Andrea.

OCT.—¿Qué quieres?

HEC.—¡Ahí le tenéis!

GER.—¡Dormido!

OCT.—¿Pero qué habéis hablado? Porque no habrá estado todo el tiempo así este pedazo de opio.

HEC.—Hemos hablado; pero es inútil; no se da cuenta de nada... Y llevárselo de mi vista, porque se me van las manos para abofetearlo. ¡Grandísimo canalla! Pero, señor, ¿no le valía más a este hombre haber perecido en el naufragio?

OCT.—(*Levantando al hombre tatuado.*) Amigo mío, despierte, o a dormir a la cama. (*Andando con él.*)

EL H. T.—(*Cerca de la puerta.*) ¿Adónde me llevan?

OCT.—Al catre. Allí estará usted mejor, mientras avisamos al médico. ¿Hace mucho tiempo que tiene usted esta enfermedad del sueño?

EL H. T.—Cuatro meses. Pero se me alivia bebiendo mucho ron. ¡Las malditas moscas!... ¿No hay ron? Venga ron.

OCT.—Germana, mándanos una botella de ron. A escape. (*Hace mutis primera izquierda.*)

AND.—¿Puedo salir?

HEC.—(*Sale Andrea.*) Ven. Y a pensar entre todos lo que ha de hacerse. Eso no es un hombre, es la morfina personificada.

Andrea, Germana, Héctor y Justina.

GER.—(*Llamando.*) ¡Justina! ¡Justina!

AND.—¿Pero no se os ocurre ninguna solución para este conflicto en que nos encontramos?

HEC.—Yo estoy madurando un plan.

JUS.—(*Por segunda izquierda.*) ¿Llama la señorita?

GER.—Ve al comedor y pon en una bandeja una copa y una botella de ron.

HEC.—No, una copa, no: el vaso más grande que haya.

GER.—Y tráelo en seguida. (*Vase Justina.*)

HEC.—El vaso más grande que haya... Tengo un plan, y si me sale como pienso, estamos salvados.

AND.—Estoy pensado que si avisáramos a la condesa, al verse frente a las dos... ¡quién sabe si se moriría de vergüenza!

HEC.—Ese hombre no se muere nada más que bebiéndose tres cuartillos de ron sin respirar; tengo mi plan; por algo he pedido un vaso grande.

AND.—¡Qué trago, Héctor mío!

HEC.—¡Qué trago! Tienes razón. Pero el trago que estamos pasando, al lado del trago que a él le espera, es un sorbito. Y todo por no cumplirse los naufragios al pie de la letra.

JUS.—(*Saliendo.*) El ron, señorita...

HEC.—(*Cogiendo el vaso, que es de cuartillo.*) No está mal la medida.

JUS.—También traigo agua y azucarillos, por si los señores...

HEC.—(*Cogiendo la botella del agua y los azucarillos.*) No hagas nunca más de lo que te manden. Se ha pedido ron y un vaso grande, y, en caso de excederte, has debido traer dos botellas de ron. Lleva eso al señorito Octavio, que está en ese cuarto, y di que le llene dos vasos seguidos y que se los haga beber sin pestañear.

JUS.—¿A quién?

HEC.—Tú dices eso, y nada más. (*Vase Justina por primera izquierda.*) Si después de beberse dos vasos de ron no revienta ese tío, es porque está blindado, y ese caso tengo otro plan que no puede fallarme.

GER.—Héctor: pero dile a Andrea que no se apesadumbre; ¿no la ves cómo está?

HEC.—(*Corriendo hacia ella.*) ¡Andrea, ten confianza en mí!... ¿Pero vas a llorar? Si viertes una sola lágrima, hago un disparate antes del plazo que me he fijado.

AND.—¿Pero y si ahora anulan nuestro matrimonio? ¡Con lo feliz que yo iba a ser!

HEC.—Yo te respondo que no llegará ese caso. Ya sabes que yo he sido un explorador de fama, que no he retrocedido ante una manada de tigres hambrientos; a mí me hace sonreir el estar en la boca del lobo; figúrate lo que ha de preocuparme un pobre diablo enfermo y con moño. En estos casos hay un medio

heroico que no le falla nunca a un explorador, si acaso me fallaran las copas..., los vasos, mejor dicho. (*Se oye dentro un grito que da Justina, y a poco sale ésta a escena gritando, llena de terror.*)

Dichos, Justina, Octavio y el Hombre Tatuado.

JUS.—(*Despavorida.*) ¡Él!... ¡Señora!... ¡Es él! (*Espantada, temblorosa, no puede hablar y se abraza furiosamente a Andrea.*)

AND.—¡Cálmate! ¡Cálmate, Justina!

JUS.—¡Es él! ¡Está ahí!

AND.—Ya lo sabemos.

GER.—Tranquilízate. (*Andrea y Germana procuran calmarla.*)

JUS.—¡Ha resucitado!

HEC.—¡Sí, hija, desgraciadamente..., pero se volverá a morir!

OCT.—(*En la puerta, luchando a brazo partido con El Hombre Tatuado, que quiere desasirse de Octavio.*) ¡Está furioso! (*Las tres mujeres se agrupan abrazadas, y Héctor las protege con su cuerpo, extendiendo los brazos.*)

HEC.—¡Que se atreva!

EL H. T.—¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Suélteme usted!

HEC.—¡No le sueltes! (*Cruzándose de brazos.*) ¡Ven a por ella!

EL H. T.—Pero, señores, si no le voy a hacer ningún mal, todo lo contrario... ¡Después de dos años, es lícito el deseo de abrazar a su mujercita! Suélteme.

HEC.—¡Que no le sueltes! ¡A su mujer no la abraza nadie más que yo!

JUS.—¡No hagas caso, Vicente, que a mí no me abraza nadie! Que lo diga la señora. (*Asombro general. Todos se miran estupefactos. Andrea rompe a reír estrepitosamente.*)

OCT.—(*Al Hombre Tatuado.*) ¿Pero tú eres Vicente? (*Le suelta.*)

EL H. T.—Sí, señor, Vicente Dupont, el marido de Justina. Estoy muy cambiado, ¿verdad?

AND.—¡Claro! ¡Desconocido! (*A Héctor.*) ¡¡Pero si es Dupont!!

GER.—¡¡Pero si es Dupont!!

HEC.—¿No me habíais dicho que era Valdoré?

EL H. T.—¡Don Félix! ¡Pobre amo mío! Aquí le traigo a la señora todos los documentos que llevaba a Cochinchina don Félix para su identificación en caso de necesidad comercial. (*Entregándole el sobre.*)

HEC.—Vengan esos papeles, que me cerciore. (*Los coge.*)

EL H. T.—Los obtuve cuando los papúes recogieron ahogado al pobre don Félix, y los guardé con la esperanza de podérselos entregar algún día a doña Andrea.

HEC.—¿Está usted seguro de que este señor Valdoré no existe?

EL H. T.—Yo soy el único superviviente de aquel naufragio. (*A su mujer.*) ¿Me das un abrazo? (*Abraza a Justina.*)

AND.—¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima!

HEC.—Yo estaba muy tranquilo. Tenía mi plan.

OCT.—¿Cuál era?

HEC.—¡¡Un plan de cinco tiros en la cabeza, a bocajarro, cuando estuviera durmiendo!! (*Telón.*)

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDOS.—49. Electra.-53.-Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-** Sor Simona.

BENAVENTE. — 9. Todos somos unos. 92. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé. -233. El dragon de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

QUINTERO.—66. Doña Clarines -71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.** Pepita Reyes.-256. El centenario.-257. La zagala -284. El género ínfimo.

GUIMERA.— 113. Maria Rosa.-114 Tierra baja. 196. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón .... Toninadas. - 250. Flor de los Pazos. - 287. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón...-296. Añoranzas.

MARTINEZ SIERRA.— 9. Primavera en otoño.-** El ama de la casa

TAMAYO Y BAUS.- 135. Un drama nuevo.-289. La bola de nieve.-186. Lances de honor. 49. La locura de amor. - 177. Lo positivo.-214. Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14 Sobrevivirse 21. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer 39. Daniel.-69. Amor de Artistas.-77. Aurora. 93. Luciano.-** Juan José.

ZORRILLA.—133. El Alcalde Ronquillo 178. El Zapatero y el Rey.- 131. Sancho García.-43. El puñal del Godo.-171 La mejor lazo la espada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

VILLAESPESA.—10. El Rey Galaor. 3. Aben-Humeya.- 37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-** El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda 233. Judith.

MARQUINA.— 154. En Flandes se ha puesto el sol.-182 Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION. — 84. El noveno mandamiento.- 86. La Tempestad -95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-101. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant. -173. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La Gitana.-90. La Marsellesa. -271. Agua, azucarillos y aguardiente.

VITAL AZA.—32. Francfort.- 33. La Rebotica.- 36. Ciencias exactas.- 39. La Praviana.-65. Parada y fonda.-53. Tiempla mi quía.-63. La sala de armas.-107. Las codornices.-137. El sueño dorado.- 125. El matrimonio interino 225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte - 191. El afilador.-200. Perecito.

RAMOS CARRION - VITAL AZA -141. El señor Gobernador.- 119. Zaragüeta-163. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal 110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).— 44. La viejecita.- 59. Gigantes y cabezudos.- 76. El dúo de la Africana.- 91. La Rascalera.-116. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-185. Los Hugonotes.-120 Entre parientes.-111. El octavo, no mentir -303. Juegos malabares.-305. Meterse o redentor.-307. La monja descalza.

ARNICHES.— La sobrina del cura. - 1. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretes.-21. La señorita de Trevelez.- 43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.- 282. La chica del gato.-283. La heroica Villa.-285. Es mi hombre.-286. La pobre niña. 289. Los caciques.-298 La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ. 15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena. 70. El terrible Pérez.-73. El fresco de Goya.- 83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 165. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ-MUÑOZ SECA.— 8. El verdugo de Sevilla.- 12. Fúcar XXI.- 34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.- 84. Pastor y Borrego.

MUÑOZ SECA.-270. La plancha de la Marquesa.-273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278. La cartera del muerto. - 280. El condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo.-193. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia. - 291. El último pecado.

MUÑOZ SECA-PEREZ FERNANDEZ 267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.- 268. La fórmula 3 K3.-73. Trampa y cartón.-87. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-254 Un drama de Calderón.-260. Martingalas. -262. Trianerías.- 265. El parque de Sevilla.

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-42. El gran tacaño.-115. La Divina Providencia. 206. Los Perros de presa.

PERRIN-PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.- 80. La muerta zamorana.- 81. Pedro Giménez.- 89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El húsar de la Guardia.- 142. Enseñanza libre.-.-218. Carta marga Nacional.-181. Cuadros disolventes.-189 La tierra del Sol. - 253. Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.-249. Cinematógrafo nacional.



COMEDIAS

1. Pasta de blancas.-3 El mismo.-4. Los semidioses.-6. ... 15. La eterna víctima.-28. Jimmy Samson.-31. El mist... 36. Rafles.-41. Marañdotiza.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Mignon y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hals.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-123. El director general.-133. ¡Toma del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. ¡Muérete y verás!-139. Jarabe de pico.-140. ¡Papá Lebonnard.-143. El Reviser. - 144. Blasco Jimeno. 148. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.160. La señorita del almacén. - 164. El Ladrón. - 166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequista. - 173. Jettatore.-179. Situaciones cómicas en el teatro español. - 181. El Tenor.-185. El primer rorro. - 189 La casa de los milagros.-180. El duelo.- 183. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla. - 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio.- 207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Míster Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet. - 218. La caracterización y las pelucas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán. - 224. Esclavitud. - 226. Las vírgenes locas.-227.- El soldado de San Marcial. - 230. El pelo de la dehesa. 231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer. - 237, El puesto de «antiquités» de Baldomero Pagés. - 238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá. -243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda. - 248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza - 264. Mi salvador. - 269. La Tierra. - 272. La república de la broma.-279. Gerineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300, Frutería de Frutos. - 304, ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la Sierra.-310. ¡Si fué don Juan andaluz!...-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre.-316. El pobre Rico.-317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321. La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Gallina. -325. La casa de Salud. 326.-El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328.-El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde -330. El hombre de las diez mujeres.-331. Alcalá de los Gandules.-332, Arsenio Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superhembras.-335 La extraña aventura de Martín Pequet -336. Flor de Córdoba.-337. Los malcasados.

ZARZUELAS

1. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.- 46. La alegría de la huerta. - 63. La marcha de Cádiz -61. El chico del cafetín.-65. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85 La balsa de aceite -96 El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas -159. Ninón.-161. Los pendientes de la Tirana.-163 Pancho Virondo -165. La boda de Cayetana.-166. Las Corsarias.-170. La Chicharra. - 172. El niño del principal,-174. La Madrina.-175. Chistes célebres, de comedias.-178. La suerte de Sebastiano.-184. La tragedia de Laviña.-202 La canción del olvido.-204, La suerte perra.-205. El As. 231. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-235. Don Lucas del Cigarral.-236. El Príncipe Carnaval.-252. La novelera. - 262. Matías López. - 265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.) - 266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte).-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) -277, El chaleco blanco.- 281. La Hoja de Parra.-290. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadillas y tonadilleras (6.ª parte.)-297. La cartujana -301. El corto de genio.-312. Arco Iris.-314. El gran Baj 319. Lola Montes.-324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte).

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA